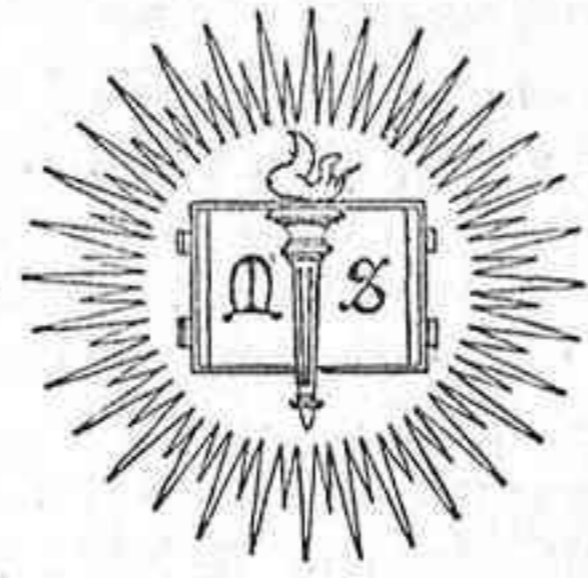


# Ilustración



# Artística

AÑO XXII

← BARCELONA 14 DE SEPTIEMBRE DE 1903 →

NÚM. 1.133



NO ESTÁ EN SAZÓN, cuadro de José María Tamburini



## HOMENAJE AL POETA

## D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Declaración*, por Eduardo Zamacois, ilustrado por Calder. — *La delegación brasileña en Montevideo*, por Históricus. — *La sirena del Pásig* (tradición filipina), por Camilo Millán (Pero Nuño). — *La comisión comercial española á la América del Sur*, por A. García Llanos. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Por el amor*, novela original de Pablo Bertnay, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — *El duque de Sajonia-Gotha Ernesto el Piadoso*, por Juan Fastenrath. — Libros y revistas.

**Grabados.** — *No está en sazón*, cuadro de J. M. Tamburini. — *República O. del Uruguay. Montevideo. Visita de los delegados brasileños á la Exposición organizada por el Foto Club en el Ateneo. Banquete ofrecido por los marinos orientales á los delegados brasileños en el hotel Lanata. Banquete ofrecido por el Presidente de la República á los delegados brasileños en el palacio del Gobierno. Baile ofrecido á la sociedad montevideana por los delegados brasileños.* — *A plena luz*, cuadro de José Armet. — *D. José Zulueta. D. Federico Rahola, individuos de la comisión comercial barcelonesa á la América del Sur. Aspecto del embarcadero de la Paz en el acto de embarcarse la comisión comercial. La comisión comercial en el vapor golondrina y á bordo del transatlántico.* — *Recuerdo de Italia*, cuadro de Baldomero Galofre. — *Curiosidad*, cuadro de Ricardo Urgell. — *Día de marzo*, cuadro de Federico Behrendt. — *Gotha. El palacio de Friedenstein. El duque de Sajonia-Ernesto el Piadoso.* — *La tempestad*, cuadro de F. Domingo. — *En la feria*, cuadro de Francisco Guillermo Voigt.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El proceso Humbert ha demostrado una vez más (por ser parodia ínfima del asunto Dreyfus, en cuanto á pretensiones sensacionales) que el régimen y las instituciones que Francia se ha dado á sí misma no son inferiores en solidez á los de otros países. — Hubo quien auguró que entre el rebullicio de fango de los debates Humbert se anegaría, enlodado, el gobierno; y la curiosidad irritada y picante de la multitud aguardaba con infinito interés los interrogatorios en que Teresa abriría la válvula y dejaría fluir las revelaciones terribles, arrasando honras y desmoronando prestigios. Y sucedió lo acostumbrado, lo infalible cuando el escándalo se anuncia y trompeta: el escándalo no vino, el escándalo se quedó en casa; defraudada la curiosidad, y reducido todo el formidable alboroto á las naturales proporciones de las hábiles estafas de que aquí nos dió idea la célebre doña Baldomera, y que jamás creímos trascendentales á la política ni al equilibrio de las naciones.

Acaban de prender en Madrid á una mujer que no emuló á Teresa Humbert, pero que, como ella, vivió á cuenta del extenso reino de Trapisonda. — Hablo de la adivinadora de la calle de la Huerta de Bayo, que á estas horas, si no se halla ya libre bajo fianza, se pudrirá en la cárcel, lamentando no haber adivinado, ella cuya profesión era adivinar, la jugareta que el señor gobernador la preparaba.

No dudo yo de que el señor gobernador haya procedido con toda la corrección y la legalidad que corresponden á sus elevadas funciones; de la ley no se habrá apartado un punto; pero la ley — á la verdad — no me parece en esto bien hecha. Comprendo que se persiga á las comadronas sin título y á las curanderas sin estudios; mas ¿por qué perseguir á las vendedoras de ilusión? ¿Hacen daño á nadie esas que pronostican dichas, alegrías, perseverancias del amor y benignidades de la fortuna? ¿Tienen ellas la culpa de la infinita credulidad humana, de la inquietud que se apodera del hombre — ó de la mujer — ante el velado destino, y le impulsa á querer forzar su secreto, á imaginar que alguien, acá abajo, sabe algo de lo que puede traernos el oleaje del tiempo y el rodar de la vida?

Débil y mentecato será quien busque tales augurios y los pague; pero seguramente no causa mal; distracción inofensiva la suya, y barata dosis de esperanza — si eso puede infundírsela. — A veces damos en suponer que la superstición es patrimonio exclusivo de los pueblos atrasados; y sin embargo, París está lleno de sibilas, herederas más ó menos degeneradas de la célebre Madama Lenormand, profetisa oficial del impresionable y crédulo Napoleón. Estoy por decir que son los países de acción y de

fuerza, los hombres de resolución ambiciosa é indómita, cuantos aspiran y no se duermen en la indolencia, los que, en lucha directa con el destino, pagan tributo al terror de lo ignorado y se dejan atraer por la promesa de un vaticinio, á pesar de cuanto protesta en ellos la razón, negando la posibilidad de tales profecías...

Siempre un anuncio de felicidad proporciona una reacción sana y grata; el sistema nervioso lo agradece. Los más convencidos de la vanidad del presagio comprueban gustosos que la corneja está á la derecha y que los pollos sagrados pican bien el grano que se les ofrece. ¡Somos tan pequeños, tan inermes; nos encontramos de tal manera á merced de la casualidad! ¿Por qué han metido en chirona á la maga, á la cual ni conozco ni conoceré nunca, porque no tengo imaginación suficiente para fantasear venturas en un echar de cartas, pero de la cual diría, si no pareciese irreverencia servirse de tales textos: «No encuentro culpa en esta mujer?»

¿Es por el engaño por lo que la encarcelan? ¿Acaso engaña ella sola? ¿No es el engaño la trama de las relaciones entre el género humano, apenas se atraviesa el interés? ¿No crece la mentira á la sombra de cada techo, y no florece ricamente en cada contrato, en cada operación comercial? El tendero que os ofrece un género «francés» fabricado en Barcelona; el farmacéutico que os vende el reparo de la salud adulterado y sin fuerza ni eficacia; el ultramarino que os expende género sofisticado; el anticuario que os endosa por del siglo XII siales que aún tienen la cola fresca; el contratista que os entrega una casa de cartón por una casa de mampostería y granito; el cochero que os cobra una carrera al precio de una hora; el empresario que os ofrece un espectáculo exquisito y os da un espectáculo de tercera clase; el político que lanza programas y los olvida en cuanto asciende al poder..., ¿en qué se diferencian, esencialmente, de la embaucadora de Madrid? ¿Por qué á ella la encierran y se deja sueltos á los demás? — La embaucadora de Madrid tiene en su abono que sólo ha engañado á aquellos que nacieron para ser engañados sin tregua: su engaño no está complicado de perfidia. Engaños de otra índole mucho menos excusable se consuman diariamente en el mundo, sin que la ley, esa ciega armada de palo, se mezcle en ellos. Ha ido á recaer su severidad en la engañadora menos maligna.

*El Liberal* asegura que la postalomanía va en decadencia. No lo había notado. Al contrario: arrecia el chaparrón de postales en mi mesa de escritorio. Será que, como la luz de la lámpara antes de extinguirse, lanza sus más vivos destellos la postal en vísperas de sepultarse en el olvido. Hay una razón, sin embargo, para que la postal no desaparezca así tan fácilmente. Es cómoda, es práctica, y como medio de comunicación tarde podrá substituirse. Vino á reemplazar, en muchos casos, al telegrama, y en infinitos á la carta, con sus prolijas fórmulas de encabezado y final, su enojoso proceso de plegado, introducción en el sobre, pegue de éste, etc. Aunque los refinados desdeñen, por su excesiva difusión, la postal, la multitud no renunciará á ella, y los «pensamientos» en postales florecerán ampliamente, democratizando la relación entre las eminencias — digámoslo así — y el vulgo que las contempla desde lejos.

Juguetes de la gente, entretenimientos de un minuto, que ayudan á llevar el peso de la existencia, no por todos aborrecido, pero sentido y advertido por todos.

Siguen á la orden del día, en Madrid, los asesinatos y los suicidios pasionales. Una racha de locura amorosa se desencadena entre las clases humildes, haciendo riza y estrago.

Tienen la mano segura y pronta esos locos instantáneos; su navaja corta con rapidez horrible el hilo vital; su revólver no falla; su pulso no tiembla. La resolución es en ellos firme, inquebrantable. Nuevos Wérther de la plebe, parecen decir á la faca y al Smith: «He aquí la llave de nuestra prisión.»

El asesino pasional de la calle de Ferraz ha procedido como el rayo. Su furia no perdonó ni á la vieja que terciaba en la cena cuyo término fué el drama de muerte. ¿Qué papel desempeñaba esa vieja, á quien certero navajazo partió el pulmón? ¿Era la cómplice y confidente de la culpa, la que encubría el lazo secreto no sospechado por el consorte? ¿Era al contrario la guardiana y vigilante que estorbaba las efusiones de los dos enamorados? ¿Era sencillamente una testigo casual, que por inadvertencia se colocó donde la arrollasen los huracanes?

Cosa que hace meditar, lo que la casualidad pone de su parte en la historia de los individuos. Así como en la de las colectividades hay poco de casual y mucho de lógico, de fatal y matemático, el individuo, el grano de arena, rueda y se precipita al leve choque de inesperada circunstancia. La vieja Ursula, de setenta y seis años, al sentarse á la mesa para cenar donde hiciese más fresco, en la calurosa noche del miércoles 2 de septiembre, metió el pie en la fosa. ¿Quién se lo hubiese dicho? ¿Qué cálculo de la razón, qué presentimiento del alma pudo avisarla ni prevenirla? La moza, al fin, andaba envuelta en amores, y donde hay amor hay riesgo y aventura. La vieja no: su idea, preferente, única, sería cenar en paz. Y fué á digerir su cena en otro mundo — en la inexplorada costa de que hablaba Hamlet, — seguida de cerca por el alma de su matador, ni tardo ni perezoso en arrojarle también fuera del triste planeta en que tantas cosas negras suceden.

Y el velo del silencio eterno cae sobre este episodio, ya trillado á fuerza de repetirse, porque la muerte cerró las bocas y cortó la acusación y la queja.

El Sr. Cobian proyecta reorganizar los arsenales. Al aprobar tan excelentes propósitos, quisiera yo que me explicase el ministro en qué consiste que siempre están reorganizándolo todo, que no se oye hablar sino de reorganización, y que todo anda superdesorganizado, hecho una lástima.

El arsenal de Cartagena, cuando lo visité hará cuatro años, me causó un efecto deplorable. No me sería fácil concretar esta impresión justificándola con razones; la sentí, me entró por los ojos, y aunque carezco de competencia y hasta de costumbre de ver arsenales, juraría que aquél se encontraba — como dice ahora el ministro — en un estado de abandono que hay que remediar á toda costa, y rebosando abusos y chorreando deficiencias. El abandono, la inercia, el descuido, se respiran y se perciben en lo más mínimo, en una capa de polvo sobre lo que debe relucir, en un clavo faltoso, en un montón de placas de blindaje que se come la herrumbre, en un rollo de cable que estorba el paso, en la hierba que brota entre las rendijas, en la actitud indolente de un oficial que entreabre un ojo y chupa un cigarro...

Si el Sr. Cobian les da un recorrido á los arsenales y el Sr. Besada les pasa un plumero á las oficinas, habrán merecido entrambos bien de la patria. Las oficinas — al menos todas aquellas en que he sentado el pie en mi vida, y no son muchas, pero supongo que para muestra basta un botón — llevan escrito, en caracteres trazados con el dedo sobre el polvo, como los que las amas de casa garrapatean para avergonzar á las criadas descuidadas, el certificado de su desastrosa petrificación. Todos los españoles se quejan verbalmente de las oficinas, de los retrasos del expedienteo, de esa estancación de los asuntos tan desesperante y fatal. Nadie, sin embargo, se decide á formular estas quejas donde resuenen y adquieran publicidad positiva. Se lamentan males remediables, como se lamenta una fatalidad física, el mal tiempo, el terremoto ó la muerte, cosas que no tienen vuelta y contra las cuales no hay lucha que valga.

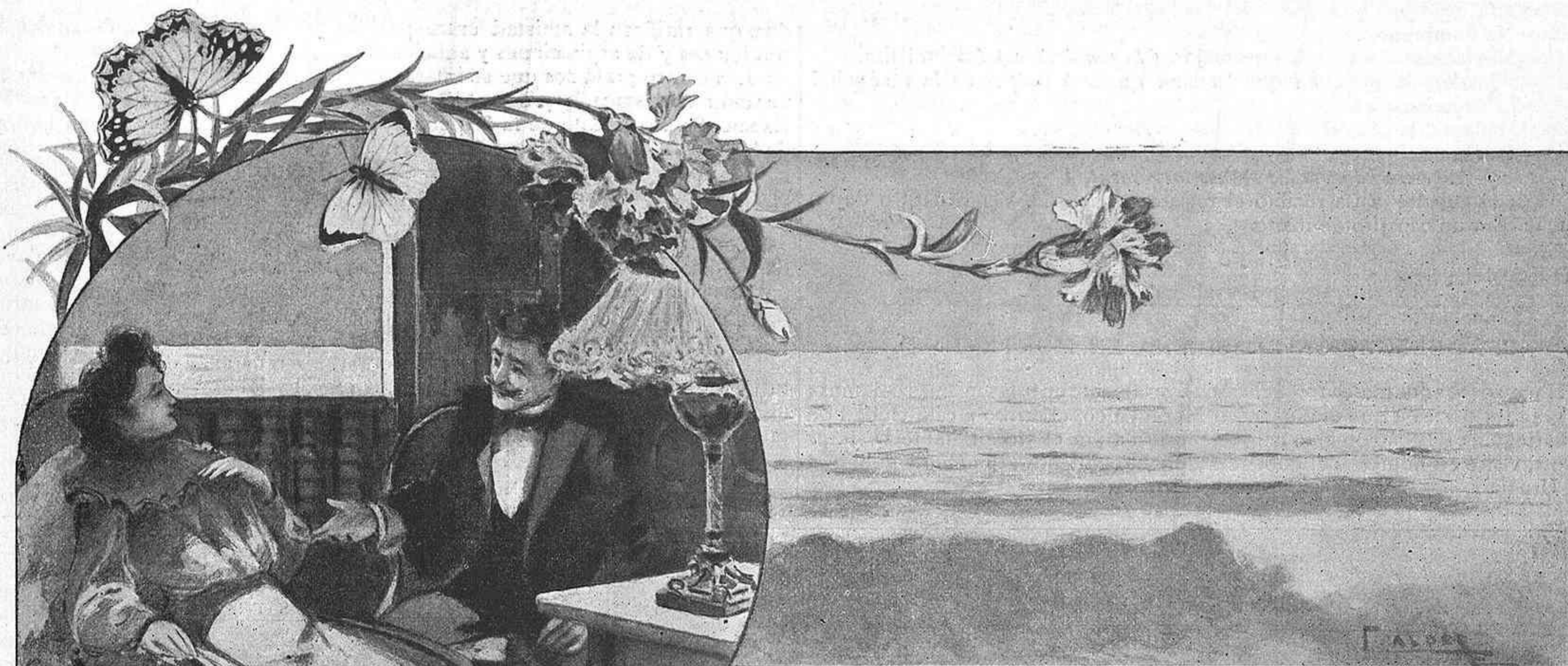
De esta quietud de la voluntad, de esta resignación moruna al abuso, he tenido ayer mismo una curiosa muestra. Al balneario en que me encuentro y que es el mejor instalado y confortable de España, conducen desde la estación del ferrocarril coches de alquiler, una empresa independiente de la administración del balneario y acostumbrada á hacer su gusto libremente. No hay viajero que no tenga que contar vejámenes de los coches: constituyen los coches el punto negro de la estancia en tan magnífico establecimiento como es el de Mondariz. La exorbitancia de las tarifas, el mal servicio de los coches, son asunto de conversación preferente. Molestada á mi vez, decidí consignar mi protesta en el libro de reclamaciones de la Empresa. Sacáronlo de un armario donde estaba arrumbado, y me lo tendieron, con sonrisa irónica y triunfal. El libro tenía de fecha cuatro ó seis años, y estaba en blanco: mi reclamación era la primera que en sus hojas se consignaba! Cuatro ó seis años de renegar de palabra, de maldecir de la empresa y sus demasías, y ni dos renglones por escrito para procurar el remedio.

Los inspectores tendrán razón si, al ver el libro en blanco, van diciendo: «Cumple esta Empresa perfectamente, y el público está tan contento, que ni la menor reclamación se le ha ocurrido anotar en tantos años.»

Y yo pensaba que este libro es España..., la España externa, visible, oficial, pintada en la pared.

EMILIA PARDO BAZÁN.





La enviaré á usted su retrato

DECLARACIÓN

Noche primaveral. Sobre el velador hay un elegante quinqué de mármol, vestido por amplia pantalla de muselina azul; de las paredes cuelgan tapices estilo Watteau, con pastores y emperifolladas princesitas que se enamoran sobre un fondo gris; los muebles son de felpa, bajos y muelles; sutil esterilla de junco cubre el suelo; en el comedio de la habitación, suspendidos del techo por invisibles cabellos rubios, varios pájaros disecados parecen sostenerse sobre sus alas extendidas; desde el balcón abierto se abarca un ancho trozo de mar, mar calmoso cuyas olas fosforescan con vago y melancólico cabrilleo bajo la luz lunar. Del horizonte asciende el gemido inmenso de la marea; suspiro doloroso que llena el espacio remontándose hasta la región inaccesible de las estrellas inmóviles.

Personajes:

ELISA: Treinta años, viuda. Regular estatura, pelo y ojos negríssimos, labios tristes, frente distraída más que reflexiva. Ocupa una mecedora junto al balcón.

CLAUDIO: Cuarenta años, elevada estatura, semblante de Greco, seco y largo; uno de esos rostros ascéticos que las ideas fijas empalidecen. Sus miradas vagan por el espacio.

ELISA. — ¿En qué piensa usted?

CLAUDIO. — No sé..., oía...

E. — ¿Qué?

C. — Al mar.

E. — Las olas hablan, ¿no es cierto?...

C. — A ratos; esos diálogos que el hombre sostiene con la naturaleza dependen del observador, de sus nervios, del momento psicológico que atraviese... A veces los pajarillos, el viento, las nubes, dicen cosas agradables, sin trascendencia, que hacen amable la vida; otras, de noche especialmente, el mar y los cielos parecen revelarse á nosotros, cual si, temerosos de quedar ignorados eternamente, pretendiesen descubrirnos el secreto de lo incognoscible; de lo que nunca podrá saberse...

E. — ¿Y ahora?... ¿Qué dicen las olas?...

C. — ¡Oh!... ¿Cómo quiere usted que yo reduzca á palabras lo que apenas cabe en la amplitud de mi pensamiento? El mar y los astros que sobre él se reflejan, son para mí imagen ó trasunto fiel del amor, ideal supremo del espíritu. Todos los hombres de imaginación llevamos un prototipo femenino que provoca y preside la germinación de nuestros amores; cada cual tiene su Julieta, su Beatriz... ¿De dón-

de surgió esa mujer arquetipo fantástico, poseedor de toda belleza y de toda virtud?... ¡Quién sabe! Probablemente nació con nosotros y luego adquirió forma

con la lectura del libro de versos que hojeamos una noche de fiebre, ó con el retrato de la diosa pagana desnuda que vimos en la biblioteca de nuestro padre siendo niños... Más tarde, el recuerdo de ese ideal nos acosa, nos sigue á todas partes y creemos verlo en cuantas mujeres hallamos al paso, porque á todas ellas alcanza su luz. «¡Esta esl...» decimos llenos de júbilo, y no sosegamos hasta merecer su amor; y después, desvanecida la ofuscación del primer momento, el alma desolada murmura: «No, no era ella...» ¿Comprende usted?... La pasión siempre es única, sólo varía la forma ó el objeto en que dicha pasión se complace: así vemos brillar en todas las olas la luz del mismo astro; mas como no hay en ellas nada estable ni sólido, su mentiroso cristal varía, y la ilusión huye y con ella la serena luz robada á los cielos...

E. — De modo que las mujeres son para usted... olas...

C. — Esto es, olas del mar humano; olas coquetonas, coronadas de espuma; olas poderosas que acarician, que suelen llevarnos muy lejos y que, como las del Océano, pueden darnos ó quitarnos la vida.

E. — Olas que pasan...

C. — Que pasan llenándonos de amargura el alma porque sólo reflejan fugitivamente la luz del astro que nuestra generosa imaginación colgó muy alto, en la serena región adonde los huracanes pasionales no llegan.

(Pausa.)

E. — ¡Pobre Claudio! ¡Usted es un naufrago! (Él la mira sorprendido; ella prosigue.) Un naufrago que bracea desesperadamente contra el turbión que le arrastra.

C. — (Con tristeza.) ¡Tal vez!

E. — ¿Qué edad tiene usted?

C. — Más de cuarenta años.

E. — ¡Cuarenta años!... A esa edad todavía el corazón y los músculos conservan su vigor, pero la ilusión y la fe, brújulas ó divinos orientes del espíritu, ya se han apagado y el horizonte oscuro es una amenaza, una promesa siniestra. ¡Si usted hallase un leño, un salvavidas á que asirse!...

C. — (Mirándola sorprendido, como despertando de un sueño.) Ya lo he hallado.

E. — (Con súbita alegría.) ¿Es posible?

C. — Sí.

E. — ¿Quién?

C. — ¡Oh!... (La mira de un modo singular, y luego baja los ojos avergonzado.)

E. — (Tristemente.) ¡Bah! ¿Para qué saberlo? Esa mujer... será una de tantas; reflejo que se extingue, ola que pasa...

C. — No, Elisa; se engaña usted; á mi edad la fantasía, domada por los desengaños, no forja ilusiones. La mujer de que hablo... es la soñada, el ideal, la estrella que yo coloqué muy alto, allá arriba... en el cielo, donde nos esperan todos los seres queridos que ya han callado...

(Pausa.)

E. — ¿Y ella, le quiere á usted?

C. — (Vacilando.) No sé.

E. — ¿Nunca la descubrió usted su pasión?

C. — Nunca.

E. — ¿Y ella sabe que usted la ama?

C. — (Con firmeza.) Sí.

E. — ¡Es raro!...

(Le mira de hito en hito; él desvía los ojos confuso.)

E. — ¿Hace mucho tiempo que la trata usted?

C. — Dos años.

E. — ¡Lo mismo que á mí!

C. — (Ruborizándose, temiendo haber dicho demasiado.) Precisamente.

E. — (Sondeándole astutamente.) Pues... pasión que tanto se oculta y recata, no puede ser firme.

C. — Al contrario.

E. — ¿Cómo?

C. — Porque ese amor es una esperanza..., ¡mi última esperanza!..., y el temor de perderla me aterra. Soy como jugador que malgastó un capital, como padre que perdió muchos hijos: la desgracia me acobarda, el recelo de que esa ilusión se convierta en desengaño y no en realidad refrena mi impaciencia: ella es mi último duro, el último hijo que puedo perder...

E. — (Pensativa.) Comprendo su pensamiento. No obstante, yo, en su caso, no tendría resignación para esperar; ¡es tan cruel la incertidumbre!...

(Pausa. En el silencio el rugido del mar llena los horizontes como eco apocalíptico de una voz lejana.)

E. — Hable usted, Claudio; sea franco conmigo.

C. — ¿Qué más puedo decir?

E. — ¿Conozco yo á esa mujer?

C. — (Titubeando.) Sí.

E. — ¡Ah!... ¿Quién es?

C. — Elisa..., perdóneme usted..., no puedo decirlo...

E. — Basta. ¿Cómo es? ¿Se parece á mí?

C. — Sí. (Con arrebató.) ¡Oh, sí!... ¡Muchol!

E. — ¿Tiene mi estatura?

C. — Sí.

E. — ¿Y el pelo?

C. — Como usted.

E. — ¿Y los ojos?

C. — Como usted.

E. — (Fingiéndose admirarse.) ¡Es extraño!... ¡Dijérase que soy yo misma! (Pausa. Las mejillas de Claudio echan fuego.) ¿Y en el carácter, también se parece á mí?

C. — También.

E. — ¿Su nombre? (Él la mira suplicante.) ¡Tiene usted razón!... Había olvidado que no debo saberlo.

C. — (Tragando saliva.) Por ahora, no; mañana...

E. — ¿Mañana, sí?...

C. — Sí.

E. — (Riendo.) ¡Es usted un hombre original!

C. — No se burle usted de mi cortedad; es que así, de sopetón..., no podría..., no sabría decírselo...

E. — ¿Y mañana?

C. — Mañana...

E. — Sí.

C. — La enviaré á usted su retrato.

E. — ¡Ah!... (Sorprendida.) ¿Tiene usted su retrato?

C. — No.

E. — Entonces...

C. — Es decir... (Tartamudeando.) Es... ¿cómo explicarme?... Es... un retrato que... que sólo usted puede ver.



E. — No comprendo.  
 C. — Ni yo acierto á expresarme mejor. (*Levantándose.*) Adiós, Elisa.  
 E. — ¿Quedamos, pues, en que mañana quedará despejada la incógnita?  
 C. — (*Con firmeza.*) Sí.  
 E. — ¿Palabra de honor?  
 C. — Palabra de honor.

(*Se despiden estrechándose las manos largamente.*)

Al día siguiente Elisa recibió el retrato prometido. Venía dentro de un estuche. Era un espejito de mano.

EDUARDO ZAMACOIS.

(Dibujo de Calder).

### LA DELEGACIÓN BRASILEÑA EN MONTEVIDEO.

Hace apenas dos meses reseñábamos ligeramente en estas mismas columnas las grandes fiestas á que dió lugar, en Montevideo, el arribo á esta ciudad de la distinguida delegación chilena que, presidida por el vicealmirante D. Jorge Montt, visitó en nombre del gobierno y pueblo chilenos al pueblo y gobierno del Uruguay.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. — MONTEVIDEO. — Visita de los delegados brasileños á la Exposición organizada por el Foto Club en el Ateneo.

No desvanecida aún la grata impresión que para todos los que anhelan el estrecho acercamiento y la sincera amistad de las naciones hispano-americanas produjo dentro y fuera de América la noticia de la cordialidad de relaciones entre chilenos, argentinos y uruguayos, llévanse á cabo nuevas demostraciones de confraternidad entre los hijos de la gran república transandina y sus hermanos del Río de la Plata y del Atlántico, con cuyos actos se testimonia elocuentemente la iniciación de una benéfica era de tranquilidad, de bienestar y de progreso, en lo presente, y de prosperidad incalculable, en lo porvenir, dados los cuantiosos elementos de riqueza inexplorada que encierran los vastos y fértiles países del continente colombiano.

Las naciones latino-americanas han vivido casi todo el siglo XIX desangrándose en injustificadas guerras internacionales ó en insensatas luchas fratricidas, que, si han puesto á prueba la vitalidad y las energías de su raza, digna heredera de aquella otra que obstinadamente luchó siete siglos hasta lograr la expulsión de la morisma invasora y bárbara, han amenazado de muerte la existencia política, la vida autonómica y la independencia y la libertad de las jóvenes y turbulentas repúblicas.

Felizmente, la cultura y la instrucción extendiéndose día á día entre las muchedumbres americanas; el amor al sosiego y al trabajo; el convencimiento de que sólo se logran las ventajas morales y materiales al amparo de la paz, y quizás también el temor á las desmedidas ambiciones que pueblos logreros como Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, se han revelado en recientes é inolvidables hechos; todo ello ha contribuido á que en Sud América, gobernantes y gobernados, unidos en el interés de la común defensa, tiendan á este verdadero *desiderátum*: la alianza, tanto en la paz como en la guerra, entre todas las naciones sudamericanas contra el enemigo extranjero, y la solución arbitral para resolver las cuestiones que entre ellas puedan producirse.

Inspirado en esta saludable tendencia pacífica y de solidaridad continental, el gobierno de Río Janeiro, á raíz de la visita que al Río de la Plata hizo la delegación del pueblo de Chile, ordenó á uno de sus principales buques de guerra, el acorazado «Almirante Barroso», que visitara en representación del Brasil á Santiago, Montevideo y Buenos Aires, cuyas tres populosas capitales ha recorrido la delegación brasileña en una verdadera é ininterrumpida recepción triunfal.

No podemos, ni es esa nuestra pretensión, referir al detalle los festejos celebrados en la metrópoli uruguaya en honor de los marinos fluminenses, sino hacer resaltar la importancia y trascendencia de actos como los verifica-

dos, que ratifican la amistad entre pueblos de idéntico origen, de análogas tradiciones y de aspiraciones y anhelos comunes.

Los cuatro grabados que se intercalan en el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, reproducen, uno, el magnífico banquete dado por el Excmo. Sr. Presidente de la República, en el Palacio de Gobierno, en honor de los visitantes; otro, el aspecto de la sala del «Ateneo» durante la exposición del «Foto Club»; el tercero, la comida con que fueron obsequiados los huéspedes en el hotel Lanata, y el último, el suntuoso baile con que los marinos brasileños retribuyeron á la sociedad montevideana sus atenciones.

Todas estas vistas fotográficas se deben á la buena voluntad y pericia artística del colaborador de esta publicación, Sr. Fillat.

Nos complacemos, una vez más, en hacer votos para que los pueblos que, nacidos del hogar hispano, habitan la inmensa extensión del nuevo continente se unan y fraternicen para bien de la América y de la humanidad.

El Uruguay y el Brasil, separados durante largos años de la anterior centuria por antagonismos históricos, sellan oficial y jubilosamente una amistad que hará perdurable los bien entendidos intereses de ambos países, mancomunados en la obra civilizadora del progreso y de la paz.

HISTORICUS.

(Fotografías de Fillat, remitidas por los Sres. Bertrán y Castro).

### LA SIRENA DEL PÁSIG

(TRADICIÓN FILIPINA)

I

Allá por el año de mil setecientos y pico, vivía en el pueblo de Malate, hoy arrabal de Manila, una familia rica compuesta de tres personas: D. Juan Insay, capitán pasado (1) y hombre relativamente instruído; su mujer, excelente esposa y mejor madre, y una preciosa dalaga (2) llamada Mameng (3), encanto y gloria del pueblo, pues con seguridad que en todo Manila y sus contornos no había otra mujer que pudiera competir con ella en hermosura ni en gracia.

Esta familia era relativamente feliz, y decimos relativamente porque en Malate, como en todo pueblo pequeño, los chismes y los enredos estaban á la orden del día y aun



Banquete ofrecido por los marinos orientales á los delegados brasileños en el hotel Lanata

de la noche. D. Juan Insay, por lo mismo que era el más instruído, el más rico y por lo tanto el más influyente del pueblo, tenía muchos enemigos creados por la envidia, entre los que se encontraba Narciso Cabanatan, segundo mangunión (4) de Malate.

La enemistad que existía entre estos dos poderosos convecinos provenía de unas elecciones para gobernadorcillo (5) en las que Cabanatan resultó vencido por Insay; desde aquella fecha hizo el primero al segundo guerra á muerte, llegando su rencor á tal punto, que hasta pagó á un malvado para que asesinasen á su contrario; pero como Insay tenía más partido en el pueblo, no faltó quien le diera aviso de las intenciones de Cabanatan, así es que cuando los asesinos asaltaron su casa, fueron cogidos en un lazo. Insay, generoso siempre, se contentó con recetar á aquellos desalmados cincuenta bejucazos, y los dejó luego en libertad.

Comprendiendo Cabanatan que por tal medio no conseguiría más que comprometerse, recurrió á otro, más depravado aún que el anterior.

En el pueblo de la Ermitia, limítrofe al de Malate, vivía á la sazón un apuesto bagontao (6) llamado Narciso, hombre irresistible para las dalagui-

- (1) Ex alcalde.
- (2) Ioven soltera.
- (3) Carmen.
- (4) Cacique.
- (5) Alcalde.
- (6) Mozo soltero.



tas (1) y aun para las manais (2) algo casquivanas, una especie de Bocaccio en bruto, pues también hacía versos cuya especialidad consistía en ser de diferente metro y estilo que los que hacían sus compoblanos.

Según cuentan las crónicas, la irresistibilidad de aquel *Don Juan* para con las mujeres provenía de un maravilloso anting-anting (3) del cual estaba en

fuegos arreció en su ataque y esgrimió lo mejor que pudo las armas de su ingenio.

Transcurrieron dos semanas y al anochecer de cierto día se notó que en el pueblo ocurría algo extraordinario. El gobernadorcillo Insay, con unos cuarenta individuos entre cuadrilleros y vecinos armados de lanzas y de bolos (6), salieron apresuradamente del pueblo y se encaminaron al de Santa Ana.

¿Qué había ocurrido para que se produjera aquella alarma? Cosa no rara en aquellos tiempos: una partida de tulisanes (7) había asaltado el pueblo antes dicho, y era de esperar que de un momento á otro atacara al de Paco ó al de Malate.

Acabó de cerrar la noche y con ella arreciaron los temores del vecindario: el pueblo quedó sumido en la mayor obscuridad y en el silencio más profundo.

Aún vibraba la última campanada de las diez, cuando un bulto se fué acercando á la casa de Insay: al llegar á la cerca se volvió é investigó los alrededores para cerciorarse de que nadie lo veía. Convencido de ello, silbó débilmente: un hombre abrió con sigilo la puerta y dejó que Narciso entrara.

Reinó en la calle el más profundo silencio, y en tanto que en el interior de la casa de Insay el ángel del amor batía sus invisibles alas, el genio del mal, cerniéndose sobre ella en la obscuridad de los espacios, sonreía al ver á Mameng víctima del odio de un malvado.

III

Pasó un mes desde la noche fatal en que la honra del ya anciano Insay fué inmolada por Narciso, instrumento de Cabanatan, y aún seguía en secreto el idilio de amor de Mameng y de Narciso, y en profundo misterio la deshonra de la joven.

El júbilo de Cabanatan no es para contado; pero aún anhelaba más: quería completar su venganza haciendo pública la deshonra de Insay, y poco á poco fué consiguiendo con su astucia que todo el pueblo de Malate y hasta el de la Ermita se enterasen, menos Insay, de quien podía decirse con el poeta: *Todo el pueblo lo sabía, - todo el pueblo menos él.* Sin embargo, llegó un momento en que también lo supo.

Imposible describir lo que pasó entonces: arrebatado Insay por la cólera, casi loco, maltrató cruelmente á la que era su ídolo, y en un momento de verdadera enajenación, la maldijo y la arrojó de su casa.

Mameng, resignada como el mártir de su culpa, sufrió los insultos de su padre y sólo cuando la maldijo se sintió morir y cayó de rodillas implorando misericordia y perdón; pero inútilmente: su padre volvió á echarla de la casa. Esta vez la infeliz no pudo sufrir más y cayó desplomada en el suelo: su padre había caído exánime en una silla con el rostro encendido por la afluencia de la sangre: estaba congestionado.

La madre de Mameng, hecha un mar de lágrimas, corría de un lado á otro socorriendo á su hija desmayada y á su esposo casi moribundo. El cuadro no podía ser más desgarrador: llamaron al mediquillo (8), que sangró inmediatamente á Insay salvándolo de una muerte cierta, aunque preferible hubiera sido para él morir que vivir con el alma destrozada.

- (6) Cuchillos largos parecidos á machetes.
- (7) Bandidos.
- (8) Curandero habilitado de médico.

II

Aquel mismo día se puso en campaña Narciso, con tan buena suerte, que al pasar por frente á la casa de Insay vió asomada á la ventana á la encantadora Mameng: detúvose ante ella y la miró embebecido; pero la joven, sin fijarse en que era objeto de su contemplación, se puso á tararear el balitao (5). Si preciosa era ella, más lo era su dulce y armoniosa voz. Narciso se sintió mareado y á punto de volverse atrás del compromiso; pero el recuerdo de las peluconas le dió ánimo.

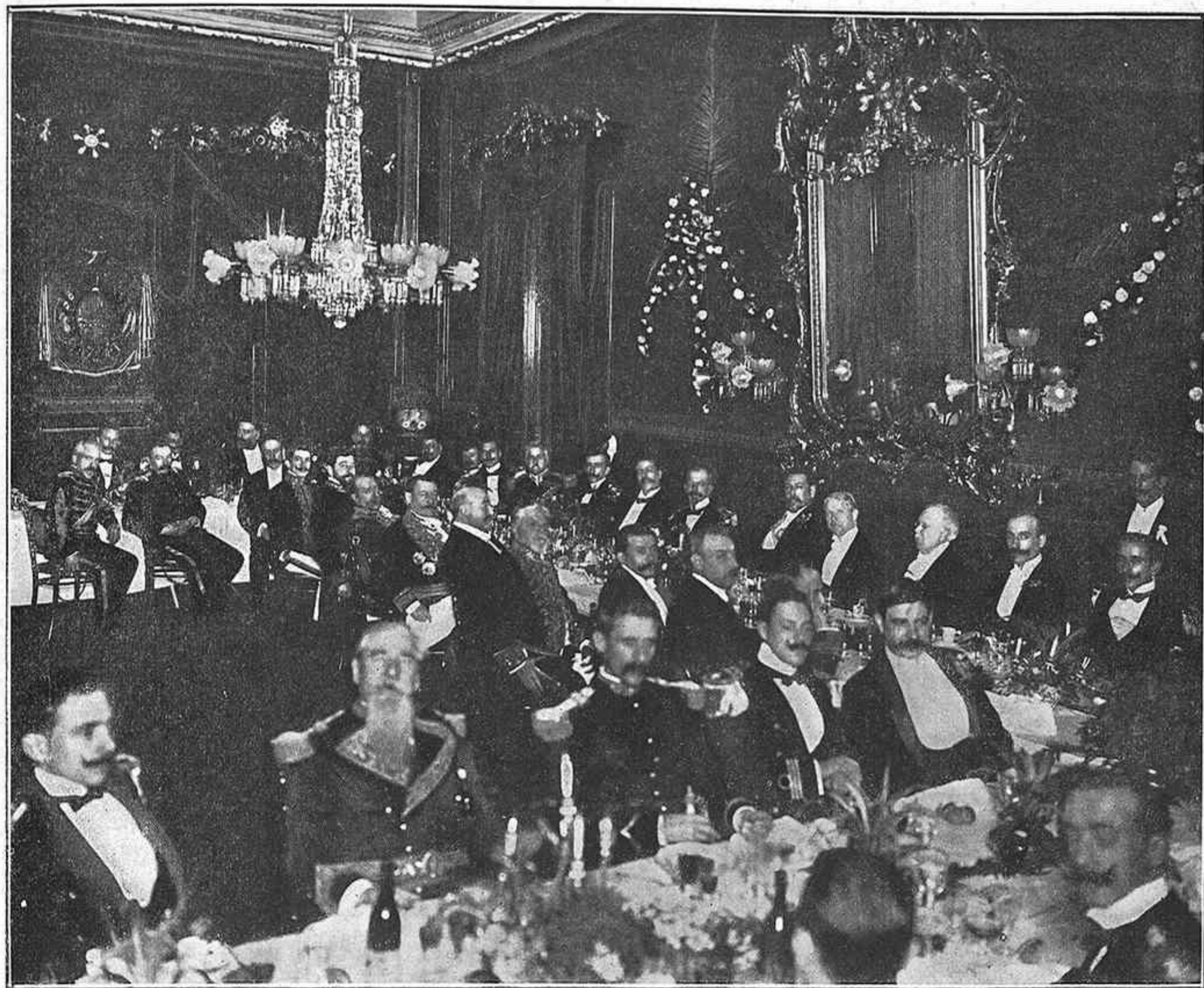
Acabó de cantar la joven y entonces fué cuando vió á Narciso: el rubor encendió al punto sus mejillas, y rápida como el pensamiento abandonó la ventana: aquella muestra de vergüenza y de timidez agradó á Narciso, quien ya se consideró dueño de la beldad.

Relatar los medios de que se valió para hablar con la joven sería difuso y á nada conduciría: baste saber que tres días después sostenían ambos correspondencia amorosa, y que el anting anting seguía prestándole al joven su protección.

Diariamente visitaba Cabanatan á Narciso para enterarse del giro que tomaban las cosas, y al saber que ya se hablaban y escribían los jóvenes, su alegría no tuvo límites: tanto era el odio que sentía contra Insay; pero no satisfecho aún con lo que el joven había conseguido en tan corto plazo, siguió hostigándole para que realizase lo ofrecido en el más breve tiempo posible.

También hostigaba á Narciso la que iba á ser su mujer, la enamorada Loleng, que no sabía darse cuenta de aquella inesperada dilación; así es que al verse entre dos

- (1) Jovencitas solteras.
- (2) Mamás.
- (3) Especie de amuleto.
- (4) Dolores.
- (5) Baile popular.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. - MONTEVIDEO. - Banquete ofrecido por el Presidente de la República á los delegados brasileños en el palacio del Gobierno

posesión, y que hacía que toda mujer á la cual se dirigiera le otorgase el sí y algo más.

A dicho joven se dirigió Cabanatan proponiéndole que enloqueciera á la encantadora Mameng y que la perdiera, puesto que no halló medio más seguro ni eficaz para saciar sus deseos de venganza; pero Narciso se negó á ello por estar en vísperas de contraer matrimonio con Loleng (4).

Mesóse los cabellos Cabanatan y hubiera estrangulado de buena gana á aquel Tenorio que de tal modo burlaba sus proyectos; pero sabiendo, por propia experiencia, que no hay indio que resista al poder del oro, ofrecióle cien pesos en relucientes monedas si accedía á servirle de instrumento. Planteada la cuestión en aquel terreno, no fué ya más que cuestión de regateo y el trato quedó cerrado en veinte onzas, con la condición de que en el plazo improrrogable de treinta días, Mameng, la hechicera Mameng, encanto de sus padres y orgullo del pueblo en que naciera, sería una de tantas criaturas arrojadas al cieno por la maldad de los hombres.



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. - MONTEVIDEO. - Baile ofrecido á la sociedad montevideana por los delegados brasileños



Al mismo tiempo que en la casa de Insay se desenvolvía tan desgarradora escena, Cabanatan y Narciso ajustaban cuentas y el último recibía de manos del primero los trescientos veinte pesos en oro, pago de la deshonra de Insay: el rostro de Cabanatan evidenciaba el júbilo que le causaba la desgracia de su rival. ¡Horrible contraste! En un lado oprobio y lágrimas; en otro, la satisfacción de la codicia y el placer de la venganza.

## IV

Un mes estuvo en cama Insay luchando entre la vida y la muerte, en cuyo tiempo su hija, enferma de cuerpo y de alma, esperó en vano á su amante. Cada día que pasaba sin ver ni hablar á Narciso, sentía con más fuerza la pasión de los celos: ignoraba que todo hubiera sido una farsa para satisfacer el odio de un hombre. Creía que no iba á verla por temor de que su padre le exigiese estrecha cuenta de su conducta, é ignoraba que su padre lo desconocía por completo, puesto que en el papel en que anónimamente le notificaron su deshonra, omitieron el nombre del autor de ella.

Así transcurrieron algunos días más: Insay, casi restablecido de su dolencia, había abandonado el lecho y casi parecía un cadáver. Varias veces su mujer le habló de su hija; pero él cortaba en seguida la conversación y hasta prohibió que se la nombraran.

Una tarde en que el cielo estaba cubierto de plomizas y compactas nubes, señal evidente de próxima tempestad, entró Mameng agitado en el cuarto de su padre, lívida, con los ojos desecados, la boca torcida, el pelo suelto y la ropa descompuesta: detúvose en presencia de aquél, quien al verla se había levantado de la silla en que estaba sentado. El primer impulso del pobre padre fué correr hacia su hija, pero el recuerdo de su deshonra lo contuvo. Sin embargo, con voz alterada por lo extraordinario de la emoción, le preguntó qué era lo que quería; pero ella, sin responder en realidad á la pregunta de su padre, exclamó con voz desgarradora y estridente:

— Matadme, padremío; ¡se ha casado!

Al oír aquello, la cólera de Insay, calmada por unos instantes, estalló con mayor violencia, y cogiendo á su hija por un brazo y oprimiéndoselo con todas sus fuerzas, le preguntó:

— ¿Quién es ese miserable, di, quién es, que no escapará á mi venganza?

Al oír aquellas palabras, se rehizo la joven y repuso:

— ¿Luego no lo conocéis?

— No.

— Pues entonces, antes la muerte que decirlo yo su nombre.

— ¡Malditos seáis los dos! Sal en seguida de mi casa, rugió el irritado anciano.

Mameng, desesperada, abrió la puerta, y corriendo como una loca, abandonó la casa de sus padres.

La tempestad rugía en el espacio; la noche se aproximaba rápidamente.

## V

Eran las doce. Manila yacía sumida en impenetrables tinieblas: ni una sola persona transitaba por sus alrededores. El silencio de la noche sólo era interrumpido por la soñolienta voz de los centinelas que desde las murallas de la ciudad vigilaban el

deramente creyó volverse loca y emprendió vertiginosa carrera. Detúvose cerca del puente para tomar aliento, y cuando iba á seguir, una voz lúgubre y cavernosa que parecía salir de la tierra la detuvo diciéndole:

— ¡Detente!

Miró Mameng hacia el sitio de donde provenía la voz y vió á un hombre que como por el aire se acercaba á ella. Tuvo miedo y quiso escapar, pero de nuevo oyó la misma voz que le decía:

— ¡Detente!

El fantasma llegó á su lado. Era un hombrecillo de cortísima estatura, de tez lívida como la de un cadáver, de ojos pequeños que parecían despedir chispas, de nariz chata y aplastada y de abundante cabellera que le cubría la frente y parte del rostro. Mameng se sobrecogió á la vista de aquella extraña figura.

— Escucha, le dijo el asuang (1), pues no era otra cosa aquella aparición. Sé lo que te pasa. Desde que empezaron tus amores con Narciso no te pierdo de vista, porque sabía cómo iban á acabar. Tu destino está bien claro: la miseria y el desprecio. ¿Quieres seguir mi consejo?

— ¿Cuál es tu consejo?

— Tú estás ahora más enamorada que nunca de Narciso, ¿no es verdad?

— Lo estoy, contestó Mameng.

— ¿Sabes que él es ya imposible para ti?

— Lo sé, desgraciadamente.

— ¿Qué darías por que fuese exclusivamente tuyo?

— La vida.

El asuang lanzó una carcajada cuyo timbre metálico hizo estremecer á Mameng.

— ¿Te parece lo bastante dar la vida por Narciso? Cuenta que sin él pronto la perderás.

— ¿Qué quieres entonces?

— Tu alma.

Mameng dudó un momento, pero dominada por el vértigo exclamó:

— Bien: tuya es si me la das como has dicho.

— Pacto hecho; y ahora, escucha. Para conseguir lo que quieres es preciso que me obedezcas. Arrójate al Pásig: yo te convertiré en sirena y te traeré á Narciso.

— ¿Me lo juras?

— Yo no juro: te lo prometo.

— Estoy dispuesta; ¿cuándo lo tendré?

— Pasado mañana.

— Conforme: adiós.

Y la joven se aproximó á la orilla, dedicó á sus padres un último recuerdo y se arrojó al río.

La desgraciada Mameng había dejado de existir.

## VI

Tres días habían pasado desde la desaparición de Mameng: cuantas pesquisas hicieron sus padres para encontrarla fueron inútiles: el río no devolvió su cuerpo.

Narciso se había unido á Loleng en matrimonio

(1) Espíritu maléfico que se aparece á los indios bajo distintas formas y al cual tienen verdadero horror.



A plena luz, cuadro de José Armet (propiedad de D. Enrique Batlló)

campo exterior, y por el incesante y monótono golpear del aguacero en las hojas de los árboles.

La tempestad empezó á atronar el espacio.

Todo era pavoroso en aquella noche.

De la parte de Paco y con dirección al puente de piedra, hoy *puente de España*, cruzaba una persona á todo correr por entre la hierba y la maleza, despreciando el rugido de la tempestad. Aquella persona era Mameng.

Cuando salió de su casa echó á andar á la ventura, sin conciencia de lo que hacía, sumida, como estaba, en profundas meditaciones. Andando, andando, fué hasta cerca de Santa Ana, regresó hacia Paco, tomó por Tandnay y llegó á Arroceros, cuando un trueno horrible la sacó de su abstracción. Y la sacó de ella en mal hora, porque tan pronto como tuvo conciencia de sí misma, volvió á su mente la horrible realidad, y entonces fué cuando verda-



el mismo día en que la desgraciada Mameng se arrojó al Pásig: estaba en los comienzos de su luna de miel.

Su mujer, voluntariosa y genial, tenía sobre él absoluto dominio.

Al tercer día de la unión Loleng tuvo un extraño capricho, sugerido sin duda por el asuang: el de comer candule (1) pescado por él, indicación que fué para Narciso un mandato. A las seis de la tarde salía éste de su casa con una dala (2) y se encaminó al sitio en que hoy está el puente de Ayala.

Desgraciado estuvo en la pesca: á las siete y media no había cogido ningún candule. Preparábase para regresar á su casa, cuando creyó oír que desde el centro del río pedían socorro. Miró hacia el sitio de donde provenía la voz y vió, gracias á los fulgores de la naciente luna, la cabeza de una mujer, al parecer encantadora, que á



D. JOSÉ ZULUETA



D. FEDERICO RAHOLA

Individuos de la comisión comercial á la América del Sur organizada por la revista barcelonesa «Mercurio»

— Ya eres mío, sí, mío para siempre; y volviéndose hacia la margen izquierda del río gritó: ¡Gracias!

La voz cavernosa del asuang le contestó:

— ¡Estamos en paz!

Y Mameng, estrechando á Narciso entre sus brazos con más fuerza cada vez, se sumergió en el caudaloso Pásig.

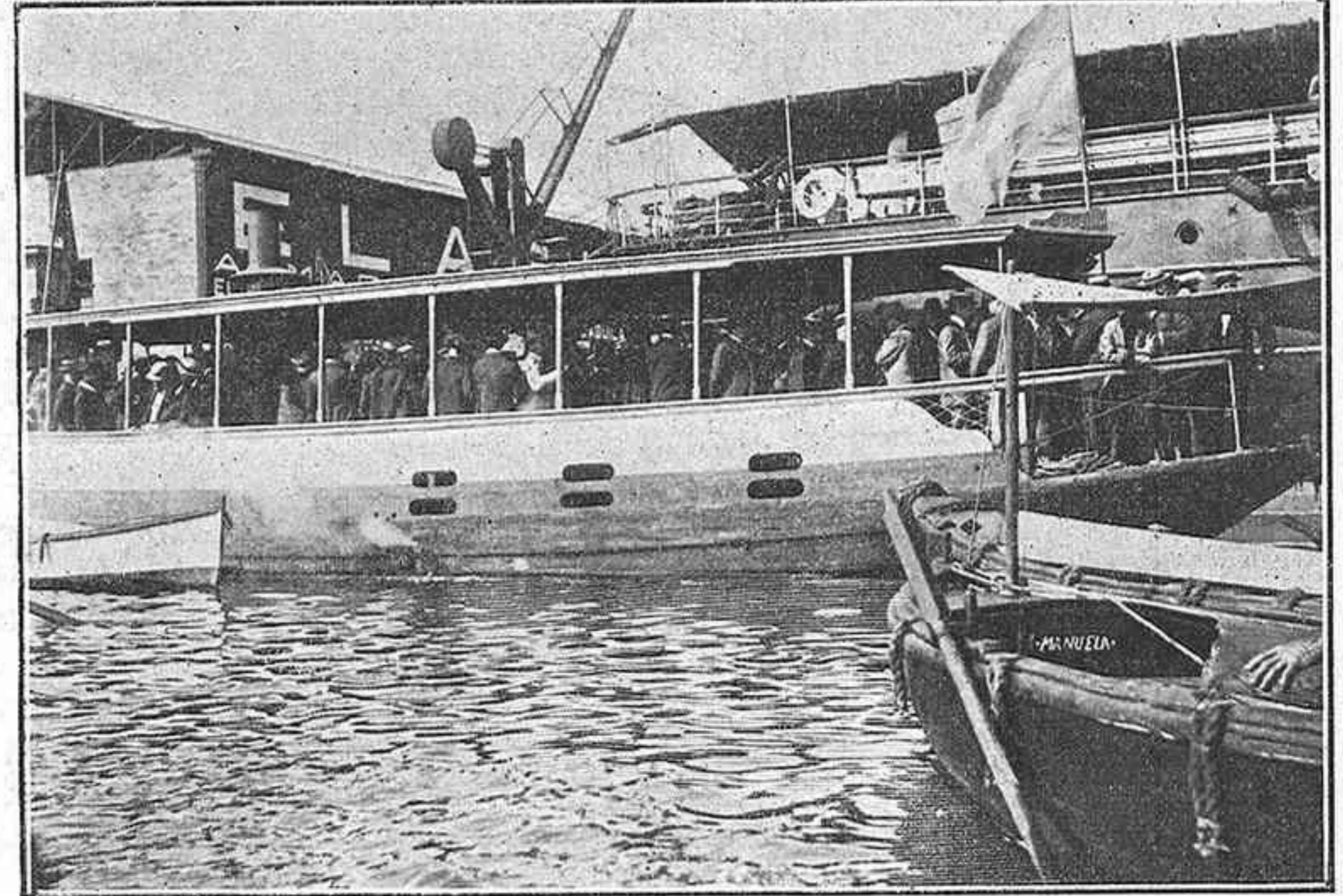
VII

Nada volvió á saberse de Mameng ni de Narciso; pero cuenta la tradición que ambos moran unidos desde entonces en el fondo del río, guarecidos en estrecha cueva formada por el embate de la corriente en una de las viejas pilas del puente de España; y tan creída es esta versión por los sencillos ha-

bitantes de la ciudad, que hay muchos que aseguran haber visto á la encantadora Mameng, convertida en sirena, batir con su cola las rizadas ondas del río,



BARCELONA. — Aspecto del embarcadero de la plaza de la Paz en el acto de embarcarse la comisión comercial (de fotografía de A. Mas)



BARCELONA. — La comisión comercial en el vapor golondrina que la condujo al transatlántico *Reina María Cristina* (de fotografía de A. Mas)

intervalos se sumergía. Inmediatamente se despojó Narciso de la camisa y se arrojó al río con el propósito de salvar á aquella criatura que pedía auxilio.

La corriente era fortísima: á Narciso, que era buen nadador, le costaba mucho trabajo avanzar.

A medida que se acercaba al sitio en que estaba aquella mujer, notaba más su hermosura y veía que la corriente la arrastraba como á él.

La situación se agravaba por instantes: ambos estaban rendidos por el cansancio y la corriente no les permitía acercarse.

Cuando llegaron á poca distancia del puente de piedra comprendió Narciso que le era imposible salvar á aquella desgraciada y pretendió ganar la orilla; pero entonces la mujer fué la que se aproximó rápidamente á él. La luna brillaba ya clara y reluciente á regular altura esparciendo sobre la tierra y el río sus haces de luz.

(1) Pescado parecido en su forma al besugo.

(2) Arte de pesca en forma de cuchar.

arrancado por el terror, salió de la garganta del joven. Mameng abrazó frenéticamente á Narciso y le dijo con acento indescriptible:

y no falta tampoco quien asegure haber visto, en ocasiones en que la transparencia del agua permite distinguir los objetos á grandes profundidades, al en otro tiempo gallardo Narciso, convertido ya en decrepito anciano de blancos cabellos y arrugada faz, unido indisolublemente á los encantos arrebatadores de la que un día fué juguete vil de su codicia y blanco infeliz de sus livianos deseos.

CAMILO MILLÁN.  
(*Pero Nuño.*)



BARCELONA. — La comisión comercial á bordo del *Reina María Cristina* (de fotografía de A. Mas)

LA COMISIÓN COMERCIAL

ESPAÑOLA

Á LA AMÉRICA DEL SUR

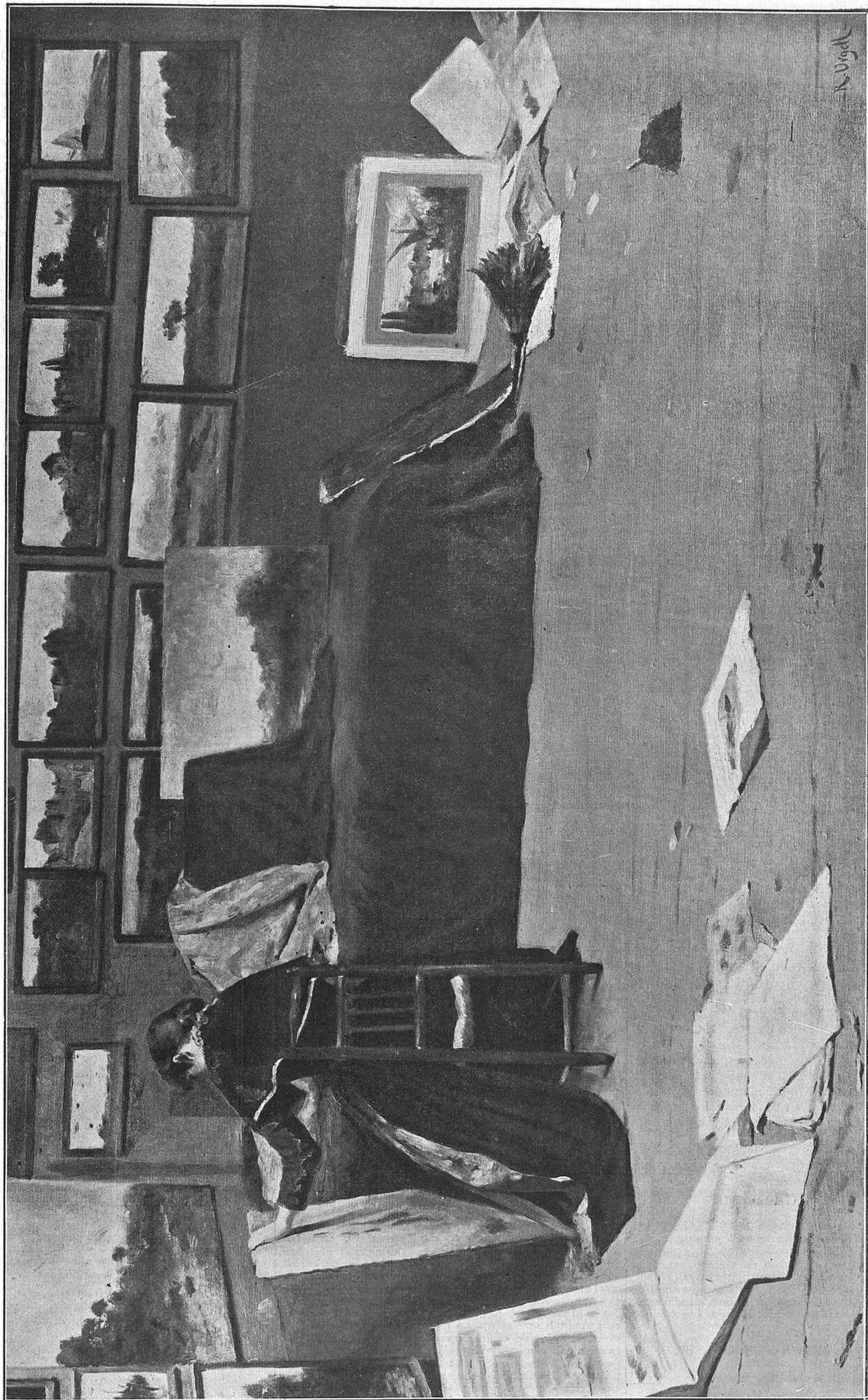
Aunque no existieran otras consideraciones para justificar la necesidad de establecer inteligencias y relaciones entre España y las repúblicas americanas, que las que se derivan de la historia, idioma, costumbres y aspiraciones, merecería elogios y decidida protección la patriótica empresa iniciada por





RECUERDO DE ITALIA, cuadro de Baldomero Galofre (propiedad de D. Enrique Fatlló)





CURIOSIDAD, cuadro de Ricardo Urgell (propiedad de D. Enrique Batlló)



la revista comercial ibero-americana, titulada *Mercurio*, cual es la de dar á conocer á nuestras hermanas del Nuevo Continente, en forma amplia y completa, nuestra producción por medio de una embajada comercial, que anuda relaciones provechosas para todos.

Las corrientes comerciales han sufrido notables y perjudiciales desviaciones, y precisa buscar nuevos derroteros, hallar mercados seguros y establecer las naturales transacciones con los Estados á los que nos unen la comunidad de historia, los mismos vínculos de raza y el mismo lenguaje.

Las rápidas evoluciones operadas en corto periodo de tiempo por algunas de las grandes potencias han producido el engrandecimiento de algunos pueblos á expensas de la decadencia de otros, ya que en este siglo llamado del progreso reproducense, bajo formas distintas, las imposiciones del vencedor. El derecho de la fuerza, la voluntad del más fuerte, cambia el destino de las naciones, y así como el señor feudal de los siglos medios vejaba á sus vasallos, á los viandantes y á los feudos fronterizos, hoy el primer canciller, presidente ó emperador de un Estado que debe su engrandecimiento á las armas, impone tratados y muda y transforma el modo de ser y la organización de los pueblos. España ha debido experimentar, por desgracia, las consecuencias que se derivan de acontecimientos cuyo recuerdo lleva consigo un caudal de amarguras. Precisa olvidarlas y para ello avanzar resueltamente por la senda que nos conduzca á la regeneración, buscando, en primer término, el medio de establecer mutuos y amplios mercados con nuestras hermanas del Nuevo Continente, con los pueblos modernos de la joven América, que los gobiernos de la metrópoli no debían haber olvidado.

De ahí la importancia y trascendencia de la iniciativa del propietario de la revista *Mercurio*, don J. Puigdollers, organizando primero, con motivo de la visita del vicepresidente de la República Argentina D. Quirno Costa, una exposición de productos nacionales, y después la constitución de la embajada comercial, valiosamente secundado por nuestros amigos el diputado á Cortes D. José Zulueta y el ex diputado y director de dicha revista D. Federico Rahola, tan competentes ambos en los estudios económicos.

La adhesión de las cámaras de comercio, centros y entidades demuestra la bondad de la empresa y la confianza que inspira el patriótico proyecto de sus iniciadores, que se tradujo en la hermosa manifestación que tuvo lugar en el acto de embarcarse el día 3 del actual en nuestro puerto, en el magnífico transatlántico «Reina María Cristina.»

A todos damos nuestros plácemes, haciendo fervientes votos para que pronto se realicen tan nobles aspiraciones, y esperando confiadamente que nuestros hermanos de América acogerán á los embajadores de la paz y del trabajo con la simpatía que merecen.

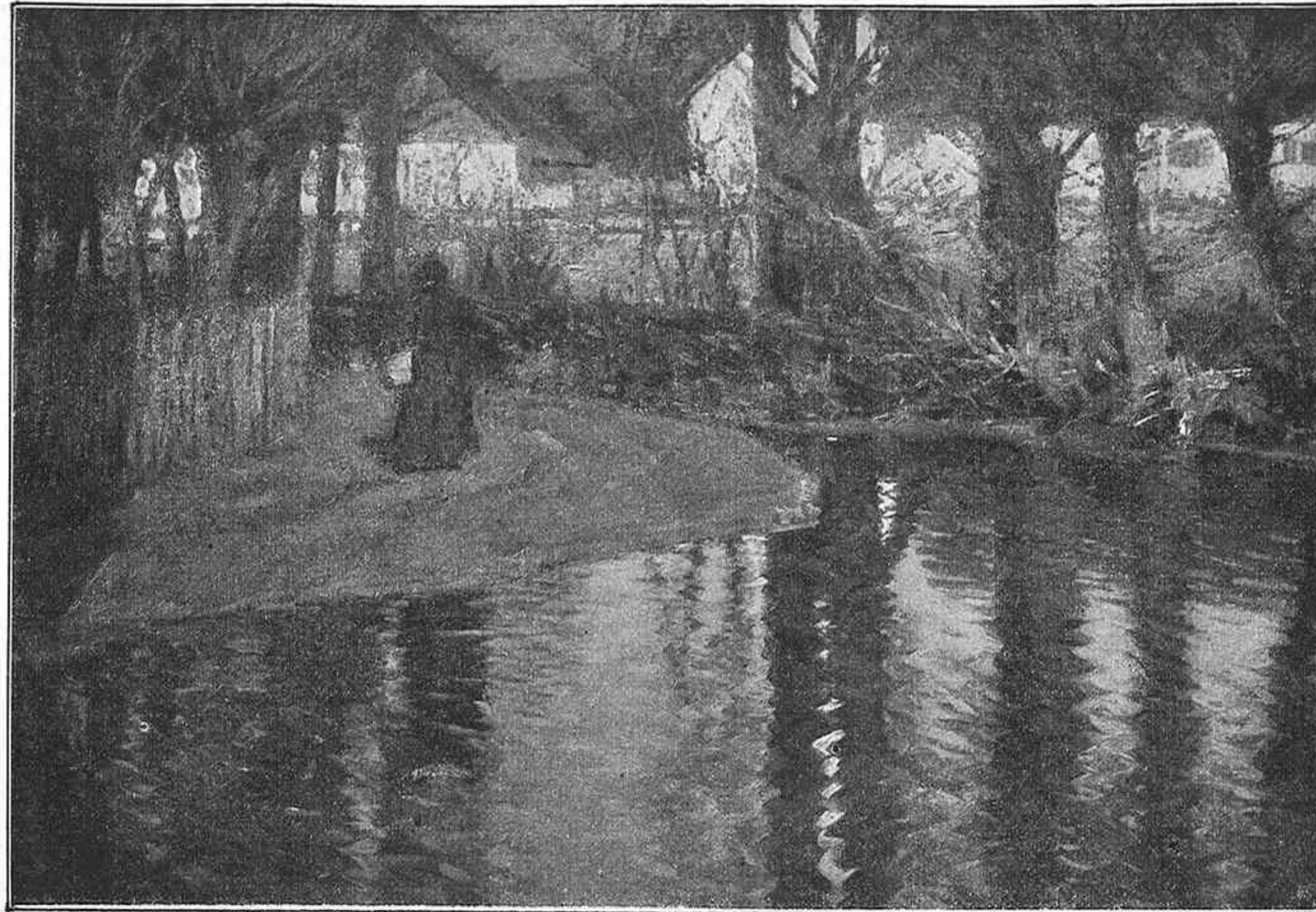
A. GARCÍA LLANSÓ.

## NUESTROS GRABADOS

No está en sazón, cuadro de José María Tamburini.— Varias veces nos hemos ocupado en estas páginas de las obras del distinguido pintor catalán Sr. Tamburini, y varias también hemos hecho constar sus merecimientos y el lisonjero concepto que nos merece como pintor y como artista. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del cuadro que reproducimos, estudio agradableísimo, que nos recuerda épocas que pasaron y hechos que se reproducen y observamos, y que tienen el privilegio de hacer asomar la sonrisa á los labios. Cuanto á la ejecución, sólo cabe añadir que es digna del buen nombre del artista.

Día de marzo, cuadro de Federico Behrendt.— Hay cuadros que, sin necesidad de un examen prolijo, revelan desde luego el temperamento artístico de su autor, y este que reproducimos es uno de ellos. *Día de marzo* es un lienzo de

impresión; el pintor no se ha detenido en detallar, sino que ha trasladado á la tela el paisaje tal como él lo ha visto, mejor dicho, tal como lo ha sentido, con una sinceridad y una sobriedad que por sí solas constituyen el mejor elogio de la obra, avalorada además por un dibujo firme y por una entonación



Día de marzo, cuadro de Federico Behrendt

robusta que tan bien cuadran al asunto por el autor escogido, es decir, á ese momento en que la naturaleza, vencida por el crudo invierno, se apercibe á desplegar las energías durante esa estación acumuladas para saludar con sus mejores galas á la hermosa primavera, que ha de romper las cadenas en que por tanto tiempo ha estado aherrojada.

A plena luz, cuadro de José Armet, propiedad de D. Enrique Batlló.— Por tercera vez reproducimos, en un breve periodo de tiempo, otra obra de este distinguido pintor. Corresponde á distinto género de aquel en que logró notoriedad el artista catalán y revela una de las fases de su historia artística, atestigüando la variedad de sus aptitudes y la frescura y brillantez de su paleta, en donde se amasaban tonalidades simpáticas y agradables, que aún hoy, al verlas combinadas en los lienzos que produjo, cautivan y embelesan. Acepte el artista y el amigo estos renglones como muestra del afecto y de la consideración que nos merece.

Recuerdo de Italia, cuadro de Baldomero Galofre.— A la galantería de su propietario D. Enrique Batlló debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de las producciones del malogrado artista y amigo querido Baldomero Galofre. Corresponde á aquel periodo de febril actividad, cuando al cabo de algunos años de ausencia fijó su estancia en Barcelona, complaciéndose en recordar la bella Italia, el país que tan vasto campo de estudio ofreció al artista, que tantos elementos aportó á su fantasía, para embellecer sus creaciones, dándoles el atractivo y el relieve que podía prestarlas su brillante paleta, en la que se amasaban torrentes de luz y simpáticas coloraciones. Sirvan estos renglones de póstumo homenaje al pintor y de cariñoso recuerdo al amigo.

Curiosidad, cuadro de Ricardo Urgell.— Recomendable por más de un concepto es el cuadro que reproducimos, obra del joven pintor Ricardo Urgell, que sigue las huellas de su padre y maestro, el distinguido paisajista. En el lienzo á que nos referimos obsérvase desde luego la precisión en los tonos y la verdad distintiva de todas las producciones estudiadas del natural, ofreciendo la particularidad de ser trunfo fidelísimo de uno de los rincones del taller de nuestro amigo, cuyos interesantes estudios examina la curiosa visitante. Plácemes merece el artista por su obra y no menos el ilustrado coleccionista D. Enrique Batlló por haberla unido á su colección.

La tempestad, cuadro de Francisco Domingo.— La justa y sólida reputación adquirida por este celebradísimo pintor valenciano nos releva de toda alabanza del cuadro que en la página 615 reproducimos. Francisco Domingo con igual maestría pinta retratos, de algunos de los cuales ha dicho un crítico, que no peca de benévolo, «que parecen pintados en el medio ambiente dentro del que pintaban desde Sánchez Coello hasta Velázquez,» que lienzos de costumbres nacionales, llenos de color, de verdad y de vida; y con igual éxito cultiva el género histórico, que el paisaje y el cuadro de caballete, admirándose en todas sus obras una ejecución primorosa. Ha obtenido honrosas recompensas en importantes exposiciones, pero más que á la consagración oficial debe su fama á sus propios merecimientos, que le han conquistado el aplauso, no sólo del público de su patria, sino que también de los públicos extranjeros, que se disputan sus producciones.

En la feria, cuadro de Francisco Guillermo Voigt.— Pasaron los tiempos en que el artista acometía con preferencia aquellos temas que por su grandiosidad intrínseca ó por las dificultades de composición y ejecución le parecían dignos de su pincel y desdeñaba aquellos otros, en su concepto prosaicos, que con prodigalidad le brindaba la vida ordinaria que se desarrollaba en torno suyo. Hoy no desprecia el arte nada de cuanto pueda contribuir algún día al conocimiento del modo de ser de nuestra época, y así vemos reproducidos en notables lienzos sucesos de importancia muy limitada, episodios de interés muy relativo, escenas de costumbres de carácter puramente local. Y sin embargo de la insignificancia del asunto, tales lienzos nos cautivan porque el autor ha puesto en ellos algo más que la materialidad del suceso, del episodio, de la escena que á su vista se ofrecían; ya que los ha animado con esa alma, por decirlo así, que vivifica cuanto en el mundo existe y acontece. El cuadro de Voigt *En la feria* es una prueba de nuestro aserto y al contemplarlo no habrá quien no elogie al celebrado pintor berlinés por haber escogido un tema que le ha permitido hacer gala de su espíritu observador y de su habilidad técnica.

## MISCELÁNEA

Bellas Artes.— PARÍS.— El Museo del Louvre ha recibido por virtud de un legado, entre otros varios cuadros notables, dos obras maestras de Delacroix y Decamps, á saber, el *Hamlet*, del primero, y *La derrota de los cimrios*, del segundo.

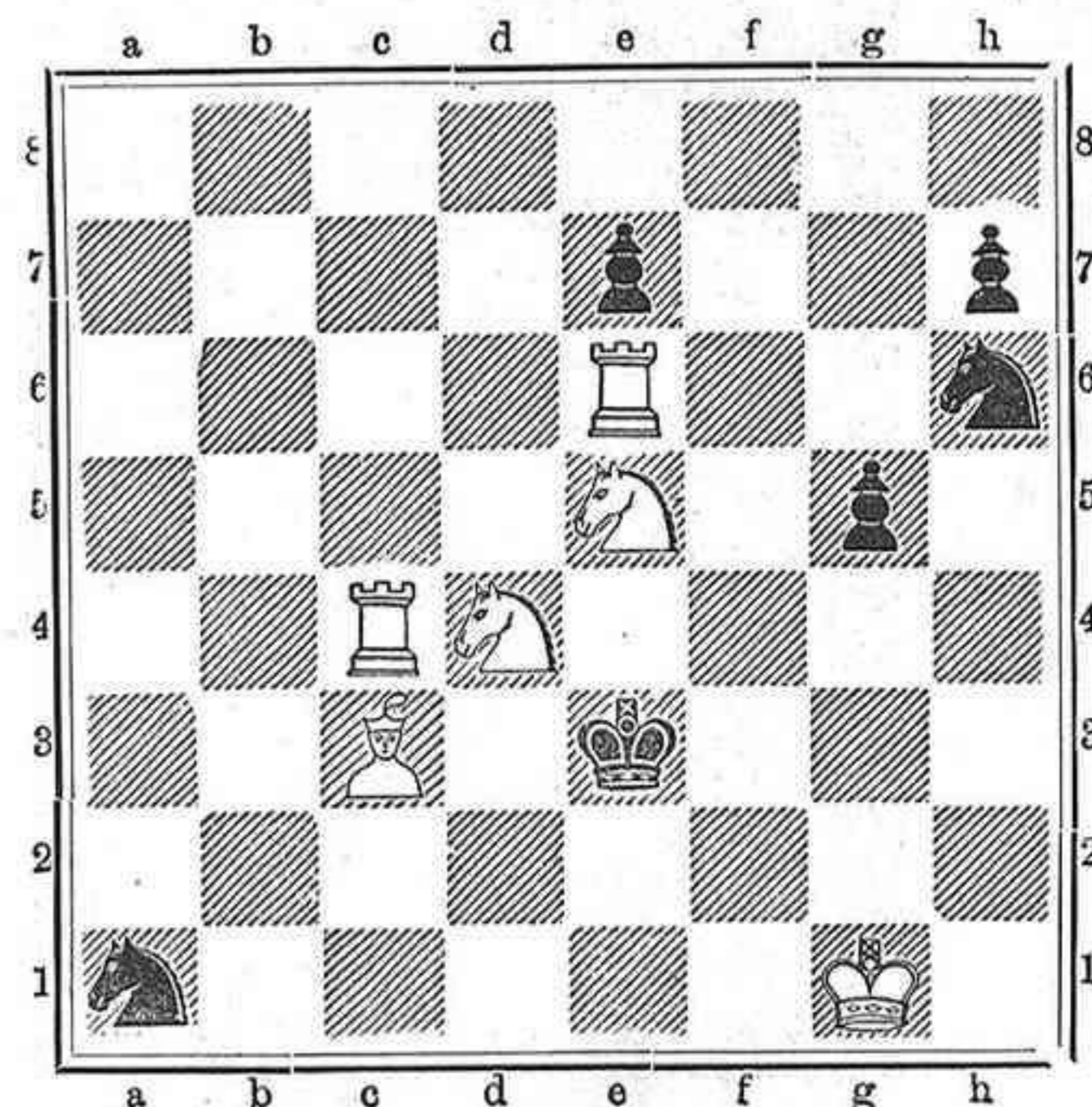
Teatros.— Barcelona.— En el teatro de Novedades actúa la compañía de ópera que últimamente funcionó en el Tivoli y que bajo la dirección del maestro Baratta ha cantado con gran éxito entre otras obras de repertorio *La Bohème*, de Puccini. En el Tivoli funciona una notable compañía ecuestre-acrobática, dirigida por el Sr. Alegría. En el teatro de la Granvía habrá debutado, cuando salga el presente número, la compañía dramática italiana á cuyo frente figura la eminente actriz Sra. Vitaliani.

Necrología.— Han fallecido: Dr. Federico Dieterici, sabio orientalista alemán, profesor de la Universidad de Berlín, gran conocedor de la gramática, de la poesía y de la filosofía árabes, autor de varias obras importantes. Carlos Emilio Bricka, historiógrafo dinamarqués.

## AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 336, POR K. ERLIN.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 335, POR E. SAUBERLICH.

Blancas.	Negras.
1. C d3-b2	1. a3xb2
2. Dh3-b3	2. c4xb3 ú otra.
3. c2-c4 ó D mate.	

## VARIANTES.

1..... Ad4xc2; 2. Cb2-a4, etc.  
 1..... c4-c3; 2. Dh3xc3, etc.  
 1..... Ta1-b1; 2. Dh3-b3, etc.  
 1..... Otra jug.ª; 2. Cb2-a4, etc.



# POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y al ver que Andrea se aproximaba, la miró con insensato espanto.

- ¡Oh! ¡Magdalena! ¡Magdalena!..  
- Papá, soy yo; ¿no me conoces?  
- Sí..., tú... ¿Qué vienes á hacer aquí, Magdalena? Esta no es tu casa... Si la muerta te lo ha dicho..., no puede probarlo..., puesto que fué quemado..., quemado... Yo lo sé bien que fué quemado...

Andrea pudo al fin darle, por un prodigio de voluntad, unas gotas de la poción narcótica, y el delirio se calmó poco á poco al cambiar también de forma.

El enfermo balbuceaba penosamente, con los ojos cerrados:

- Yo... he sido capaz... ¿Quién lo creyera?... Yo... magistrado... Yo, que he dado cien mil francos...

de su estado fué rápida. Dos días después abrió los ojos y no fueron ya los de un loco, sino los de un convaleciente.

- Esto va bien, dijo el médico, y no será ya más que una cuestión de pocos días.

El herido preguntó con voz todavía lastimera:

- ¿Tan malo he estado, entonces?

- ¡Ah! ¡Pobre papá!..

- Tres días, dijo el doctor, de fiebre ardiente, de delirio...

- ¡Tres días!

Y su primera preocupación fué preguntar:

- ¡El correo! ¿Hay cartas para mí, verdad?

- Sí, papá, muchas. Yo también he recibido gran número de todos los que han sabido tu accidente y se han apresurado á manifestarme la parte que tomaban en...

- Las mías..., las dirigidas á mí... Dámelas.

- Pero ya... ¿No temes fatigarte?

- Dámelas..., te lo ruego...

Y cuando le dieron el paquete, muy voluminoso en efecto, escogió en él dos ó tres cartas muy elegantes, que habían llamado la atención de Andrea, timbradas en el correo de Grenoble. Reversay las abrió con cierta impaciencia, las leyó y dió un suspiro indefinible.

En seguida dijo:

- Dame recado de escribir.

- Pero... en tu estado... Si yo pudiera...

- No, no... Dame lo que te pido... Lo quiero.

Andrea obedeció y el enfermo escribió unas líneas, las metió en un sobre, puso la dirección y después de encerrar cuidadosamente en la carpeta las cartas que acababa de recibir, dijo:

- Toma; guarda todo esto en mi escritorio.

Y cuando vió que estaba hecho, añadió:

- Vas á hacer que echen al correo... Pero no; llama á Antonio...

Cuando se presentó el ayuda de cámara, le entregó la carta y le dijo:

- Lleve usted esto... al correo... inmediatamente.

Y ya seguro de que Andrea no vería aquella dirección ni leería las cartas guardadas en el escritorio, dió un suspiro de satisfacción y dijo:

- ¡Pobre hija mía! ¡Qué malos días he debido darte!..

- Mándele usted que descanse, Sr. de Reversay, dijo el doctor, pues bien lo necesita. Hace tres días que no abandona esta cabecera.

- Era mi puesto, doctor.

- Pero ya no, señorita, desde el momento en que la ciencia responde del enfermo.

- Sí, hija mía, vete á dormir, mientras el doctor me cuenta... ¿Tan lejos de mí estaba, pues, mi espíritu? ¿En el otro mundo? ¡Ah! ¡Pobre Andrea!.. ¡Qué mal enfermo he debido ser!

- No, papá...

- ¡Cuántas tonterías he debido decirte!..

Andrea se puso muy pálida y no respondió.

Lo que le había dicho su padre eran cosas espantosas, que desde aquella noche dominaban su pensamiento como una atroz obsesión.

El herido la atrajo hacia él.

- ¡Ah! ¡Hija mía, cuánto te quiero!..

La joven exhaló un suspiro que pareció un sollozo y se escapó apresuradamente.

- Está un poco nerviosa, dijo el médico. ¡Diablo! Después de una sacudida moral y de un cansancio físico de setenta y dos horas, lo estaría cualquiera.

- ¡Pobre ángel mío!

Y murmuró, en el bienestar de su alivio:

- Sí..., tendremos que poner en su canastilla de boda ese aderezo que tanto desea...

V

Pasaron unos días, y si el enfermo no estaba enteramente curado, había entrado en plena convalecencia.

Reversay se levantó aquel día, y por primera vez hizo el inmenso esfuerzo de ir desde la cama hasta el sillón en que durante tantas horas había velado Andrea con la angustia del día de mañana y con el espanto de aquel pasado que acababa de aparecersele,



¡Cállate!.. ¡Cállate! ¿No ves, desgraciada, que pueden oírte?

Ahí, en la chimenea... No hay más que cenizas..., cenizas..., bien mezcladas..., bien mezcladas con las otras...

Andrea, muy temblorosa, le contestó inconscientemente, para calmar acaso su delirio halagándole:

- ¡Cenizas!.. ¿Qué has quemado?

Y el enfermo respondió en tono de misteriosa confidencia:

- El testamento... Bien lo sabes...

Andrea sintió que toda la sangre afluyó á su corazón y fué, como una loca, á cerrar la puerta de la vasta estancia para poner al enfermo y ponerse á sí misma al abrigo de alguna curiosidad ó de algún espionaje.

Después volvió á la cama, estremeciéndose.

- ¡El testamento!.. ¿Qué testamento?

El herido contestó con la misma voz misteriosa, con la misma voz de locura:

- Bien lo sabes..., el otro...

Pero de pronto su delirio tomó nueva dirección.

- ¡Esta fortuna es mía!.. ¡Vete!.. ¡Echadla!.. ¡Echad á esa mujer!..

Y la crisis, cada vez más temible, llegó entonces á su paroxismo.

Reversay prorrumpió en gritos..., esfuerzos desesperados..., una lucha aterradora entre la que trataba de aliviarle y aquel enfermo que se defendía contra ella... con rabia..., con furor...

El notario me dijo: «¡Es admirable!..» ¡Qué sarcasmo!..

Y después todo aquello se hizo confuso é incomprendible... Andrea aprovechó de nuevo ese momento de calma para dar á su padre la poción que le dominaba.

Y poco á poco, un sueño pesado y comatoso, entrecortado por quejidos y suspiros, acabó por hacerle caer de nuevo en aquella cama revuelta.

Esta vez era la reacción de aquel acceso terrible, la reacción que quebranta y que aniquila.

Nada turbó ya el pesado silencio de aquella inmensa habitación apenas alumbrada, en la que Francisco de Reversay dormía con un sueño oprimido y Andrea, aterrada, dejaba vagar sus ojos en el vacío, ante las miradas borradas de las diosas que, en los tapices de las paredes, tomaban posturas quiméricas y vivientes.

Por la mañana, los médicos encontraron al enfermo muy débil y no ocultaron sus temores á la pobre enfermera. ¡Dios mío! ¡Qué pálida estaba la niña infeliz!

La misma situación se prolongó durante cuarenta y ocho horas... Cuarenta y ocho horas de angustia, de opresión, de delirio...

Pero al fin, como dice un proverbio que los golpes en la cabeza, si no matan, se curan pronto, y la conmoción no había matado á Reversay, la mejoría



¡Ah! ¡Aquellas palabras pronunciadas por su padre en el delirio!.. Andrea las estaba oyendo siempre y eran su monomanía y su obsesión.

En el primer momento había rechazado, encogiéndose de hombros, las sospechas que la desgarraban.

¡Su padre haber cometido esa acción abominable! ¡Haber despojado á su primal!.. ¿Era eso posible? ¿Era siquiera verosímil?

¿Acaso su carácter... su vida... la misma ligereza de su espíritu, no protestaban contra la idea de una responsabilidad tan espantosa?

Pero precisamente, al pensar esto, Andrea empezó á no estar tranquila.

Era preciso que se confesase á sí misma lo que no hubiera confesado á nadie en el mundo.

Sí, el carácter de su padre era ligero y débil. Su vida había sido siempre la de un hombre de placeres. Al día siguiente de ser rico - sabe Dios por qué medios - había renunciado á la carrera en la que hubiera podido llegar á ser, como su padre y su abuelo, un hombre altamente considerado.

Había preferido la existencia ociosa, frívola é inútil que, después de la muerte de la mujer amada y de un período de dolor loco y enfermizo, se había convertido poco á poco en una vida más mundanal todavía, más ruidosa y aturdida, que le alejaba cada día más de su casa y de su hija.

Y después, otras mil cosas de las que tenía una vaga intuición... misterios que no lo eran más que para ella..., frases que había oído aunque las interrumpieran al verla llegar...

Andrea no era ya una niña ni tenía nada de tonta. Estaba segura de que en la vida de su padre había unas relaciones... conocidas por todo el mundo. Aquellas cartas del otro día... Aquellas cartas cuyo sobre ostentaba una elegante letra de mujer... Aquella señora que había ido tres veces en su coche á pedir noticias del herido... y de la que nadie había sabido ó querido decirle el nombre...

Todo esto no le ayudaba á protestar alta y resueltamente contra la sospecha que llenaba su alma de angustia hacía tres días.

Andrea, entonces, pensaba en aquel regalo anónimo, en aquella donación de cien mil francos... ¿No tenía esa acción todo el aspecto de una restitución arrancada, más que á la caridad, al remordimiento?..

Y si era verdad el hecho abominable que su padre había revelado en el delirio, ¿qué había que hacer? ¿Qué debía exigir? ¿Qué iba á ser de ella?

¿Podía tomar una parte, para llevársela en dote á su prometido, de aquel dinero del que habían sido acaso despojados los que ahora luchaban con las tristezas de una vida miserable, mientras en su casa se malgastaba sin contar?

¡Ah! Era preciso saber á qué atenerse... Era preciso estar segura, porque no quería tocar á lo que no era suyo, ni hacerse cómplice de una infamia.

Andrea era muy recta, no transigía con las faltas de probidad, y su conciencia era tan resuelta como su voluntad.

Sí, la joven veía las consecuencias terribles de todas estas cosas. Sí, acaso iba á salir de esta prueba con el corazón deshecho, con el porvenir roto y con todas sus esperanzas desvanecidas para siempre...

Pero poco importaba. Andrea era honrada y quería saber...

Cuando aquella mañana entró en la habitación, su padre, instalado triunfalmente en un sillón, le dirigió una sonrisa y le dijo:

- Ya ves, hija mía, que aunque un poco estropeado, estoy en pie. Bien puedo decir que de buena me he escapado... ¡Oh! ¡Cómo voy á vender los tales caballos!..

Los labios de Andrea palidecieron y temblaron, pero respondió valientemente:

- No hubieras tenido esos caballos si mi prima Magdalena hubiera tenido en su poder el testamento...

Y dirigió á su padre una mirada firme y resuelta para añadir con voz vibrante:

- El testamento que tú quemaste...

Bajo aquella mirada y ante aquellas palabras, Reversay se puso lívido.

- ¿Qué testamento?

- Bien lo sabes. ¿Para qué obligarme á decir lo que tú me has revelado? A Dios gracias, exclamó la joven juntando las manos, estaba sola cuando hablaste.. Solamente yo lo oí... ¡Ah! Papá, papá, ¿qué has hecho?..

Reversay trataba en vano de protestar con violencia.

- ¡Pero has perdido la razón, desgraciada!..

- ¿No fuiste tú, padre, el que perdió un día toda conciencia?

- ¡Estás loca! ¡Estás loca!

- ¡Si vieras tu palidez! ¡Mira! ¡Tienes la frente toda mojada! Si vieras el espanto que aparece en tu cara y que todo el mundo podría observar, no te obstinarías en negar lo que tú mismo me has confesado, pobre papá... Me lo has dicho todo..., todo...

Reversay respondió, perdiendo la poca tranquilidad que le quedaba:

- ¿Qué te he dicho, pues?.. Y ante todo, ¿cuándo te he dicho nada?

- Cuando luchabas con los terrores del delirio... Cuando me tomabas por Magdalena... Cuando me revelaste que aquí, en la chimenea...

- ¡Cállate!.. ¡Cállate! ¿No ves, desgraciada, que puedes oírte?

- ¿Lo ves?..

La joven prorrumpió en un sollozo desgarrador.

- ¡Dios mío! ¡Qué desgraciados somos!.. ¡Qué dignos de lástima!..

El convaleciente no comprendió bien la causa de aquel grito de angustia y respondió:

- ¡Desgraciados!.. ¿Por qué? ¿Qué puedes temer?

¿Acaso saldrá jamás de tus labios una palabra de este asunto? ¿Crees que yo hablaré, por mi parte?.. Tranquilízate, Andrea...

- ¡Ah! ¡Estoy perdida!

- ¿Estás loca? Ya olvidarás esto... Yo también lo he olvidado... Serás feliz con tu marido...

- ¡Mi marido! ¿Pero tú supones que voy?..

Y la joven fué presa de una crisis de sollozos irresistibles.

Su padre dijo febrilmente:

- Sí, seguramente, vas á olvidar lo que yo solo debía saber... Lo que por un deplorable azar has sabido... muy mal, por otra parte... Porque, una vez que yo me haya explicado, verás que puedes perfectamente casarte con el hombre á quien quieres... y que te ama.

- ¡Pobre Julián!..

- Debes quitarte de la cabeza esas ideas locas que no son más que escrúpulos sin fundamento.

Y Reversay entró en posesión de sí mismo para convencer á su hija con una ardiente defensa:

- Si ha habido una acción reprehensible, no tienes nada que ver con ella. Yo solo soy el culpable, y después de todo, no mucho. Sí, en el último día de su vida, nuestra prima Hortensia tuvo un acceso de fiebre..., de inconsciencia..., producido por la sobreexcitación que le causó una escena odiosa..., que la mató... Porque fué aquella provocación de Magdalena la que dió la muerte á nuestra prima... Sí, Hortensia escribió unas palabras que atentaban contra mis derechos anteriores..., bien adquiridos..., que nunca merecí perder... Sí, yo destruí aquellas líneas no razonables, como ella misma hubiera hecho al día siguiente si no hubiera muerto... No, no tengo remordimientos..., porque nada cambié de lo que debía ser, de lo que era realmente.

- Pero quemaste...

- Un pedazo de papel.

- Un testamento...

- Absurdo..., no válido...

- Si no era válido, ¿por qué lo quemaste?

- Para evitar discusiones y pleitos...

- No siendo válido, no los hubiera habido.

- Siempre se pueden emprender pleitos temerarios...

- Nadie los emprende sin tener, al menos, una apariencia de razón.

- ¡Bah! ¡Las apariencias!..

- Bastaba que hubiera la posibilidad de una duda... Tu acto, pobre papá, es el que te condena... Ahora ya sé lo que á costa de mi vida quisiera seguir ignorando.

Reversay hizo un ademán de cólera.

- Pues bien, supongo que no ignoras tu obligación estricta y te creo bastante razonable para estar seguro de que enterrarás este secreto...

El padre bajó instintivamente la voz:

- No se trata solamente de nuestra fortuna, Andrea, sino de mi honor...

- ¡Ah! ¿Crees que no es eso lo que me turba? ¡Tu honor! Si tu honor no estuviera de por medio, ¿crees que no lo haría todo, sí, todo, á pesar de ti mismo, para tranquilizar tu conciencia?.. Porque tu conciencia está alterada, por más que digas, y grita, cuando tu voluntad no puede imponerle silencio... Tu conciencia habló la otra noche...

- Mi honor..., el tuyo...

- Sin embargo, papá...

Y Andrea se animó á su vez:

- Lo justo es siempre posible... Cuando se quiere hay siempre algún medio... Tienes tu fortuna personal... Yo tengo la de mi madre y te la cedo de buena gana... ¿No puedes vivir con eso? ¿No puedes

vivir holgada y honrosamente?.. ¡Papá! ¡Restituye! ¡Restituye!

- ¡Estás local!

- ¡Es una fortuna robada!

- Es una fortuna que me pertenece, que conservo y que conservaré...

Reversay pronunció esta frase con una violencia que hizo retroceder á Andrea. La joven se puso más pálida. Sus lindos labios rojos se pusieron lívidos como si toda su sangre hubiera afluído al corazón, pero sus negros ojos se llenaron de un fuego sombrío cuando respondió:

- En ese caso la guardarás tú solo.

- ¿Qué quieres decir?

- Es muy sencillo... Que me iré.

- ¿Adónde?

- No lo sé todavía... No he podido reflexionar... Hubiera necesitado para eso tener mi espíritu tranquilo... Estas cosas aturden...

- Pero, mi pobre hija...

- No, padre mío, no me compadezcas. El más digno de compasión aquí eres tú.

Y la joven exhaló un doloroso suspiro.

- Soy, sin embargo, muy desgraciada, añadió.

¡Esa fortuna me importa poco!.. Pero comprendo que estoy perdida..., irremisiblemente perdida...

Mejor quisiera morirme que aportar á Julián de Ponterede un dote que no me pertenece, y no puedo, sin embargo, decirle por qué soy pobre... No tengo ni el supremo, pero feliz recurso de hacer que me tome sin fortuna... Porque le conozco..., pobre amigo mío..., y sé que lo haría gozoso y en seguida...

Pues bien, sin eso..., porque tendría que explicarle... ¡Ah! Sí, tienes razón al suponer que cuido de tu honor..., de lo que tú llamas tu honor, padre mío.

Jamás haré nada contra él... Para eso renunciaré á amar, á ser amada, á todo..., porque á cualquiera con quien yo me propusiera compartir la vida, tendría que decirle lo que nunca saldrá de mis labios...

Reversay dió un ronco suspiro.

- ¡Pobre hija mía!

- Pero poco me importa, repitió Andrea irguiendo con altanería su esbelta estatura. Tú eres digno de lástima, mientras que yo...

- Y bien..., tú... ¿Qué pretendes hacer?

- Salir de aquí, donde nada me pertenece... y donde no quiero vivir de lo que pertenece á otros.

- ¿Y adónde irás?, preguntó ansiosamente Reversay.

Pareció que Andrea libraba un combate consigo misma. Después dijo con voz sorda:

- Dirás, si quieres..., por tu honor..., que he vuelto á mis ideas religiosas... Sí... Dirás que voy á entrar en el convento...

Y sus labios temblaron al añadir:

- Eso es lo que escribiré también... al que sufrirá mucho por mi partida...

- ¡Andrea! ¡Quiéres!..

- ¿Qué sé yo lo que quiero?, respondió la joven con desesperación. Pero allá..., en el convento de Conflans, porque en este de Montfleury estaría muy cerca de las desolaciones y de los asombros que no quiero ver..., allí reflexionaré y tomaré un partido...

- Pero... yo me opongo...

- Olvidas que soy mayor de edad, padre mío.

Reversay no pudo reprimir un movimiento de irritación.

- ¿De modo que me dejas... solo?..

- De ti depende el que vuelva... Ya sabes con qué condición...

- Tu condición es un locura...

- Entonces, adiós, padre mío.

La cólera, ya desbordada, de Reversay se tradujo en un ademán de anuencia.

- Está bien... Pero no por eso estará vacía mi casa...

Andrea dió un profundo suspiro... y salió sin responder.

## VI

José Pascalón, notario hacía cuarenta años de la ciudad de Grenoble, estaba aquella mañana, como siempre, en su despacho de la calle de Lafayette, situada no lejos del palacio de Justicia y cerca de la oficina del Registro de la Propiedad, una calle admirablemente escogida para facilitar la tarea del notario y para ahorrar pasos á sus clientes.

Aquel despacho era un poco sombrío, nada lujoso y totalmente desprovisto de esas maderas talladas y de esos cueros acolchados que dan á un mobiliario un aspecto tan austero, tan elegante y tan ceremoniosamente cómodo.

Es verdad que, como decía Pascalón, una buena reputación vale más que un despacho dorado y que solamente con farsas se llega á deslumbrar á la



gente, por lo cual el digno notario era resuelta, soberbia y obstinadamente partidario del sistema antiguo.

Pascalón seguía ateniéndose á las inmutables levitas negras y á las fundamentales corbatas blancas. Llevaba peluca, lo que le preservaba del frío cuando se quitaba su gorro griego para recibir á las señoras, lo que sucedía frecuentemente y con las más empingorotadas, pues tenía la clientela de toda la aristocracia de la ciudad y de sus alrededores.

Al contacto de esas elegancias, que son en provincias un poco amañadas, el notario había tomado también maneras demasiado ceremoniosas acaso, pero de una refinada cortesía.

Este gran viejo un poco encorvado, siempre afeitado cuidadosamente, que tomaba rapé y que se sacudía con los dedos, como un barba de la Comedia francesa, los granos que le caían en la pechera almidonada, era un representante tenaz de aquella burguesía de principios del siglo último, toda finura, cortesía y buena educación.

En el colegio había estudiado con aprovechamiento las humanidades, y buscando un poco en aquel escritorio de caoba, se hubiera encontrado un Horacio debajo del Código de Napoleón... Sí, aquel notario era acaso un fósil, pero ¡qué admirable ejemplar para un museo prehistórico!

Sonaron unos golpecitos en la puerta del despacho.

— Adelante... ¿Qué ocurre?, dijo Pascalón al ver la cara de su pasante.

— Una joven que quiere hablar con usted.

— ¿Ha dicho su nombre?

— Vea usted su tarjeta.

El notario no hizo más que echar una ojeada.

— Hazla entrar en seguida... No, no, voy yo mismo...

Y se precipitó en el estudio, en donde media docena de escribientes se pusieron á garra-

patear con ardor, mientras miraban con el rabillo del ojo á aquella linda cliente á quien nadie conocía y que se presentaba por primera vez.

Pronto supieron su nombre, porque el notario dijo, con el ademán más redondeado de su largo y delgado brazo:

— ¡Señorita de Reversay!.. Ruego á usted que se tome la molestia de entrar...

Y añadió volviéndose, después de hacer pasar delante á Andrea:

— No estoy en casa para nadie.

Después de cerrar la mampara acolchada que transformaba el despacho en un inviolable confesionario, preguntó:

— ¿A qué debo, señorita, el placer y el honor?.. Pero ya caigo... Su señor padre... Tranquilíceme usted pronto... Supongo que no está peor...

— Está todo lo bien que es posible, Sr. Pascalón.

— ¡Ah! Me tranquilizo... El Sr. de Reversay la envía á usted, sin duda, á esta fea antecámara del templo de himeneo...

— No, soy yo, querido Sr. Pascalón, la que tiene necesidad de sus servicios.

— Soy muy dichoso, señorita...

Y con una sonrisa añadió:

— Me apresuro á decir «señorita» porque...

Andrea le interrumpió:

— De modo que tendrá usted todavía todas las cuentas... y todas las cifras de esta última sucesión.

— Seguramente.

— Quisiera saber exactamente á cuánto ascendía la fortuna de mi madre.

— ¿La fortuna personal de usted?

— Sí.

— Es muy sencillo. Pronto vamos á saberlo.

El notario consultó un índice y tocó el timbre.

— Tráigame usted, dijo al escribiente que se presentó, el tomo LXII de la colección.

En cuanto lo tuvo, buscó rápidamente en aquel montón de papeles sellados:

«Inventario y pago de la herencia de la señora Lucía de Reversay, Rival de Lanceroy de su nombre de familia.»

— Aquí está.

Y dijo mientras hojeaba:

— Régimen dotal. Así pues, todo el capital de su señora madre ha venido á poder de usted... Su dote fué de doscientos mil francos. La herencia de su abuelo de usted, de Lanceroy, no fué más que ciento siete mil francos y una fracción. Ya sabe usted que en los negocios de la Unión General sufrió una gran pérdida... De todo esto ha dado recibo su padre de usted como tutor legal.

— ¿Y está todo á mi disposición?

— Sí, señorita; desde que es usted mayor de edad. No hace mucho tiempo y todavía no lo parece, pero el registro civil no es galante y atribuye á usted veintín años. Fuerza es, pues, aceptarlos aunque usted no represente más que quince ó dieciséis.

Este madrigal fué completamente perdido, pues Andrea seguía preocupada con sus planes.

— ¿Qué formalidades hay que llenar para que ese capital venga efectivamente á mi poder?

— Pero, señorita, eso debe arreglarse entre su señor padre de usted y el Sr. de Pontarede. Estoy al corriente...

— No, querido señor Pascalón, no lo está usted.

— Mi matrimonio con el Sr. de Pontarede se ha roto y yo no quiero quedarme en Biviers. Necesito disponer de mi fortuna y para esto me dirijo á usted.

El notario no quería dar crédito á sus oídos.

— ¡Que no quiere usted!.. Permítame, señorita, esta respetuosa pregunta: ¿por qué?

— Porque hay disonancias entre mi padre y yo, porque juzgo ya imposible la vida común con él, porque quiero usar de mi derecho y vivir á mi gusto donde me plazca.

El notario la miró estupefacto.

¡Qué tono!.. ¡Qué tranquilidad!.. ¡Qué resolución en aquellos ojos negros!

El anciano, sin embargo, se atrevió á decir todavía:

— Es que... Perdona usted esta objeción á un viejo y á un amigo de su abuelo... Es que usted sola..., á su edad... ¿Ha reflexionado usted la malevolencia y las calumnias que va á afrontar?

(Continuará.)



¿Y está todo á mi disposición?

— Sr. Pascalón, sé que puedo tener en usted plena confianza...

— Hace cuarenta años, señorita, me estoy esforzando por merecer esa buena opinión.

— Todo lo que se dice aquí...

— Aquí se queda, respondió el notario asombrado.

— Usted era amigo de mi abuelo...

— Sí, señorita, el señor presidente Reversay trataba de hacerme olvidar la distancia que separaba su sillón de mi despacho. Yo estaba orgulloso con su amistad. Era un gran magistrado, y yo hubiera querido que su hijo... Pero la fortuna dió un día vueltas á su rueda para decidir lo contrario.

— Usted lo sabe mejor que nadie, puesto que le puso en posesión de la herencia de nuestra prima.

— Sí, de aquella pobre señorita de la Croix de Arbel...

— También fué usted quien intervino en la herencia de mi pobre madre...

— Sí, señorita, dijo el notario cada vez más asombrado.

— Mi matrimonio con el Sr. de Pontarede se ha roto y yo no quiero quedarme en Biviers. Necesito disponer de mi fortuna y para esto me dirijo á usted.

El notario no quería dar crédito á sus oídos.

— ¡Que no quiere usted!.. Permítame, señorita, esta respetuosa pregunta: ¿por qué?

— Porque hay disonancias entre mi padre y yo, porque juzgo ya imposible la vida común con él, porque quiero usar de mi derecho y vivir á mi gusto donde me plazca.

El notario la miró estupefacto.

¡Qué tono!.. ¡Qué tranquilidad!.. ¡Qué resolución en aquellos ojos negros!

El anciano, sin embargo, se atrevió á decir todavía:

— Es que... Perdona usted esta objeción á un viejo y á un amigo de su abuelo... Es que usted sola..., á su edad... ¿Ha reflexionado usted la malevolencia y las calumnias que va á afrontar?

(Continuará.)





GOTHA. - EL PALACIO DE FRIEDENSTEIN

## EL DUQUE DE SAJONIA-GOTHA

ERNESTO EL PIADOSO

La bellísima y frondosa *Turingia* es el corazón de Alemania, la cuna de la poesía germana.

Ofreció al mundo asombrado el espectáculo glorioso de los *minnesinger* y vió con pasmados ojos una santa en la landgravina Isabel, inmortalizada en la música por Liszt y en la pintura por el seráfico Murillo y por el romántico Mauricio de Schwindt. Dió á los protestantes su Lutero, que en la misma Wartburg donde habían celebrado sus certámenes los cantores de amor, traducía la Biblia y entonaba su brioso canto *Un castillo fuerte es nuestro Dios*. Dió á los protestantes un Federico el Sabio y á los amantes de la música religiosa un Juan Sebastián Bach, de quien dice mi tocayo D. Juan Luis Estelrich:

«De la fuerza logró la plenitud  
y del arte gentil la dignidad.  
Él, patriarca de la nueva edad,  
corónase de eterna juventud.»

La Turingia vió con regocijo inefable el triunfo de la poesía alemana en tiempos de Goethe y Schiller, y un teatro modelo creado por el duque Jorge de Meiningen que hizo maravillas de la *mise en scène*.

De la Turingia salieron también aquellos hermanos tan distintos: un príncipe de la guerra, el heroico *Bernardo de Weimar*; un príncipe de la paz, el noble *Ernesto el Piadoso*, que abrió más amplios horizontes á la felicidad de sus súbditos curando los daños que hizo la guerra de los treinta años y dando á cada niño una medalla que recordara la paz de Münster, ostentando la inscripción: «¡Llor á Dios que nos dió la paz!»

El venerable castillo de Friedenstein, que edificó en la ciudad de Gotha *Ernesto el Piadoso* después de la guerra de los treinta años como símbolo de la fuerza alemana triunfando de los golpes del destino, ha sido el teatro de la conmemoración del tercer centenario del nacimiento de *Ernesto el Piadoso*.

El que suspiró por el reino de Dios y que hizo aprender de memoria á sus hijos la Sagrada Escritura, vió la luz el mismo día en que la cristiandad

celebra con unánime regocijo, con villancicos, con el rumrum de las zambombas y el tantán de los tambores, el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Pues nació el *Duque Ernesto*, que se hizo el Redentor de su patria, en la fiesta bendita de la paz, en la Nochebuena de 1601, en el castillo de Altenburgo, como hijo noveno de los duques de Sajonia, siendo su padre el duque Juan, el nieto de aquel

Köthen. Esta dejó á sus hijos cual herencia la concordia, reinando Ernesto primero en unión de sus hermanos y dando pruebas de su sabiduría y de su amor á las letras.

Esto no le impidió ser también un excelente caudillo cuando le obligó á empuñar la espada el amor que profesaba á sus correligionarios evangélicos. Entró, pues, en 1631 en el campamento del rey de Suecia Gustavo Adolfo, el defensor de la libertad evangélica, distinguiéndose en Franconia, en Nuremberg y sobre todo en la batalla de Lützen, en que sucumbió el rey de Suecia y el duque Ernesto venció al general Pappenheim derribándole del caballo.

Mandó celebrar las exequias del héroe sueco en las iglesias de Weimar y dió las gracias al Señor por la victoria de Lützen. Después tomó parte en el asalto de la fortaleza bávara Landshut, que vió hacer su entrada de un lado á las tropas imperiales y del otro á los suecos. Por el desastre de Nördlingen perdió el hermano de Ernesto, Bernardo, el ducado de Franconia que Ernesto había administrado tan bien, que hizo sus elogios ante el archiduque Leopoldo de Austria hasta su adversario político el obispo de Wurzburg el conde Francisco de Hatzfeld, al restablecerse en la posesión de su país.

En 1634 se enlazó con la única hija del duque Juan Felipe de Altenburgo, y desde el año de 1638, en que murió sin dejar herederos el duque Juan Ernesto de Eisenach que había heredado el principado de Coburgo, gobernó Ernesto dicho principado hasta la primavera de 1640, en que se celebró un convenio entre los hermanos Guillermo, Ernesto y Alberto, según el cual Ernesto recibió el ducado de Gotha.

Lo que hizo en pro de sus súbditos durante su reinado de treinta y cuatro años está grabado en las tablas de la historia y en el corazón agradecido del pueblo sajón.

Al entrar el duque en Gotha el 24 de octubre de 1640, la miseria era grandísima: por doquier había casas destruídas, pueblos arruinados, campos devastados, iglesias convertidas en caballerizas, casas de párrocos hechas cervecerías; por doquier había vagabundos licenciosos, mendigos rapaces, merodeadores, buscones, y por doquier desplegaba el duque Ernesto el Deseado la actividad más benéfica, cuidando así por el bien

EL DUQUE DE SAJONIA-GOTHA ERNESTO EL PIADOSO  
(copia de un grabado de Jacobo Sandrart)

Juan Federico el Magnánimo que fué preso en 1547 en la batalla de Mühlberg.

Su rasgo característico era la piedad, y las consolaciones de la religión eran su amparo seguro en todas las desventuras. A los cuatro años de edad perdió á su padre, á los dieciséis á su buena madre, la duquesa Dorotea María, princesa de Anhalt-

Köthen. Esta dejó á sus hijos cual herencia la concordia, reinando Ernesto primero en unión de sus hermanos y dando pruebas de su sabiduría y de su amor á las letras.

Esto no le impidió ser también un excelente caudillo cuando le obligó á empuñar la espada el amor que profesaba á sus correligionarios evangélicos.

Entró, pues, en 1631 en el campamento del rey de Suecia Gustavo Adolfo, el defensor de la libertad evangélica, distinguiéndose en Franconia, en Nuremberg y sobre todo en la batalla de Lützen, en que sucumbió el rey de Suecia y el duque Ernesto venció al general Pappenheim derribándole del caballo.

Mandó celebrar las exequias del héroe sueco en las iglesias de Weimar y dió las gracias al Señor por la victoria de Lützen. Después tomó parte en el asalto de la fortaleza bávara Landshut, que vió hacer su entrada de un lado á las tropas imperiales y del otro á los suecos. Por el desastre de Nördlingen perdió el hermano de Ernesto, Bernardo, el ducado de Franconia que Ernesto había administrado tan bien, que hizo sus elogios ante el archiduque Leopoldo de Austria hasta su adversario político el obispo de Wurzburg el conde Francisco de Hatzfeld, al restablecerse en la posesión de su país.

En 1634 se enlazó con la única hija del duque Juan Felipe de Altenburgo, y desde el año de 1638, en que murió sin dejar herederos el duque Juan Ernesto de Eisenach que había heredado el principado de Coburgo, gobernó Ernesto dicho principado hasta la primavera de 1640, en que se celebró un convenio entre los hermanos Guillermo, Ernesto y Alberto, según el cual Ernesto recibió el ducado de Gotha.

Lo que hizo en pro de sus súbditos durante su reinado de treinta y cuatro años está grabado en las tablas de la historia y en el corazón agradecido del pueblo sajón.

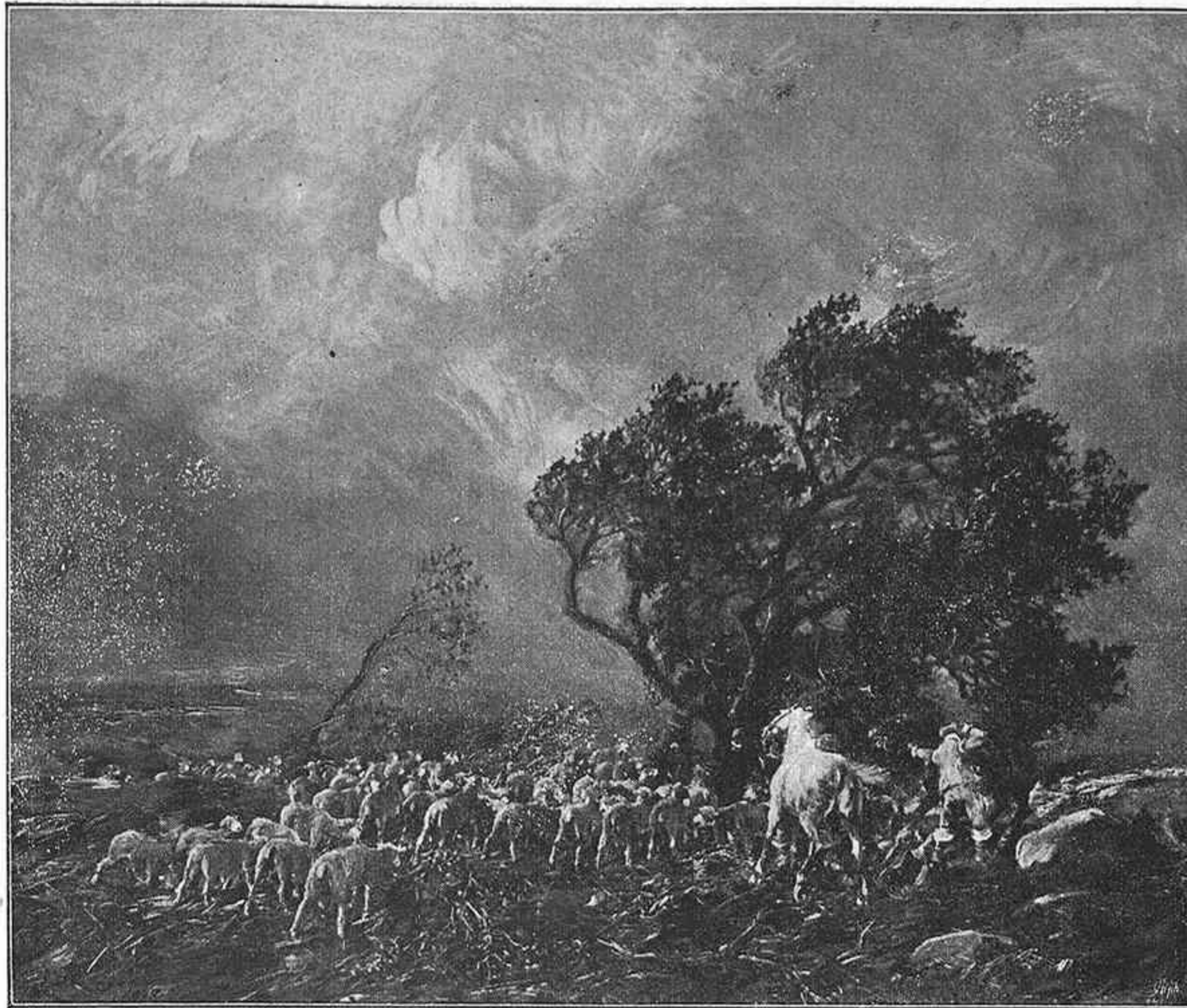
Al entrar el duque en Gotha el 24 de octubre de 1640, la miseria era grandísima: por doquier había casas destruídas, pueblos arruinados, campos devastados, iglesias convertidas en caballerizas, casas de párrocos hechas cervecerías; por doquier había vagabundos licenciosos, mendigos rapaces, merodeadores, buscones, y por doquier desplegaba el duque Ernesto el Deseado la actividad más benéfica, cuidando así por el bien



material como por el bien espiritual de sus pobres súbditos, animándolos con buenos consejos y dádivas, asegurándolos y socorriéndolos con dinero, granos y frutos, dando á los hambrientos trabajo y pan, fomentando el comercio, construyendo canales, reformando la administración, la justicia, las escuelas y los colegios eclesiásticos, protegiendo la autoridad de los sacerdotes, haciendo imprimir libros y no pensando nunca en su propia gloria. Pero ésta había de enaltecer al que levantó una luz para iluminar á su pueblo y abrió un templo del espíritu humano fundando la Biblioteca ducal para que en aquel silencioso ambiente de blanca claridad se apague el vocerío de las pasiones.

Anhelaba el duque también la unión de todas las iglesias evangélicas, y para lograr aquel noble fin mandó á su propio hijo á numerosas cortes protestantes, también fuera de Alemania. Lo que en tiempos de *Ernesto el Piadoso* no se realizaba, quizá se realizará en los tiempos venideros.

Cada cual es hijo de su época. Así también el duque Ernesto,



La tempestad, cuadro de F. Domingo

pues no estaba exenta su fe de las escorias de la contemplación medioeval profesando la creencia sinistral en mágicos y brujas.

Su espíritu era más vigoroso que su cuerpo. El que vivió de ideas generosas murió el 26 de marzo de 1675, llorado de su pueblo.

Podrían inscribirse en su tumba, que se encuentra en Gotha en la iglesia de Magdalena, las palabras *Sin amor para mí, lo tuve para todos*, que, según la voluntad del fundador de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, el gran patricio D. Víctor Balaguer, deben servirle á éste de epitafio.

La ola formidable del tiempo, que tantas falsas celebridades barre y tantos equívocos prestigios destruye, nada ha podido contra la gloria del duque Ernesto. Y el emperador de Alemania Guillermo II, rodeado de muchos príncipes alemanes, ha rendido un tributo de respeto á su memoria llegando á la pequeña corte de la idílica Turingia, en la que pronto ha de levantarse un monumento á *Ernesto el Piadoso*, cuyo busto honra á la *Walhalla*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO : 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



**VINO AROUD** (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLYORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
por autores ó editores

**LAS RIVALIDADES**, por *H. de Balzac*. — Forma parte este tomo de la Biblioteca de obras completas del gran novelista francés que con tanto éxito publica en esta ciudad el conocido editor D. Luis Tasso, y comprende, además de la novela corta que sirve de título al libro, otras dos, *La salterona* y *El gabinete de los antiguos*, las tres en extremo interesantes, como todas las que constituyen la admirable serie de «La Comedia humana.» La traducción, muy correcta, es de D. Joaquín García Bravo. Véndese el tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadrado en tela.

\*\*

**ISIDRO DE ANTILLÓN**, por *D. Ricardo Beltrán y Rózpide*. — La Real Academia de la Historia ha publicado el discurso que en el acto de ser recibido en tan ilustre corporación leyó don Ricardo Beltrán y Rózpide. Constituye el trabajo de nuestro querido colaborador un estudio completo de la personalidad y de las obras del sabio geógrafo, historiador y político español D. Isidro de Antillón, una de nuestras más legítimas glorias científicas, que floreció en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del XIX, y en él se demuestran así los profundos conocimientos y la erudición vastísima, como el elevado criterio del Sr. Beltrán. Acompañan á este discurso, notabilísimo bajo todos conceptos, numerosas é interesantes notas, varios apéndices, un artículo necrológico del propio señor sobre su antecesor en la Academia, D. Juan Manuel Montalbán, y el discurso contestación de D. Cesáreo Fernández Duro.



En la feria, cuadro de Francisco Guillermo Voigt

**LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA**, por *D. Modesto Hernández Villaescusa*. — Forma parte este libro de la biblioteca «Manuales Soler,» que con tanto éxito publica la casa Sucesores de Manuel Soler, de esta ciudad, y en él se estudian detalladamente las provincias de España, por un método nuevo, considerando á cada una de ellas como un ser especial, describiéndola completa y minuciosamente en sus aspectos físico (situación, límites, extensión, configuración horizontal, configuración vertical, orografía, hidrografía, el país, el clima) y político (la población con la raza, la cultura, la riqueza pública, la agricultura, la industria, el comercio, las vías de comunicación, la organización administrativa, la capital y las poblaciones importantes). La explicación de cada provincia va ilustrada con una representación gráfica de la misma en una lámina que contiene el mapa, el escudo de la provincia, los tipos del país, el retrato del hombre más ilustre, vistas de monumentos, etc. Precede á la obra un estudio sintético de España física y política, muy propio para el estudio elemental geográfico de nuestro país. Precio del libro encuadrado, 2'50 pesetas.

\*\*

PERIÓDICOS Y REVISTAS

*Hojas Selectas*, revista mensual ilustrada; *Gaceta de Turistas*, semanario ilustrado; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino; *El Heraldo de la Industria*, revista quincenal (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *La Infantería Española*, revista quincenal ilustrada (Valladolid).

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Extrato 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS** en Paris  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
CANDES et Co. B. St. Denis 16

**VINO NOURRY**  
ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES  
del PECHO  
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de  
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.  
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL** DE LOS DRES  
**JORET y HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPRESIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
Fia G. SEGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma WLINSI.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.